

María Asunción Requena

# Fuerte Bulnes

---

PREMIO TEATRO EXPERIMENTAL DE LA UNIVERSIDAD  
DE CHILE 1953

## LA AUTORA

**M**ARIA ASUNCION REQUENA vivió su infancia en Punta Arenas, y su adolescencia en España. De regreso al país, estudió Odontología en la Universidad de Chile y, después de graduarse, se trasladó a Punta Arenas, donde vivió durante varios años dedicada al ejercicio de su profesión y al cuidado de su hogar. María Asunción es casada y tiene tres hijos. Hizo el curso de piloto civil, y la aviación estuvo varias veces por arrebatarla a las letras.

En 1949, la I. Municipalidad de Punta Arenas organizó un concurso literario, con motivo de celebrarse el centenario de la fundación de esa ciudad. María Asunción Requena obtuvo en esa oportunidad el Primer Premio de Poesía con su libro "Poemas", una interpretación lírica del mundo magallánico.

En 1952, viviendo ya en Santiago, ganó el Primer Premio de la Dirección Superior del Teatro Nacional, con su comedia dramática "Mr. Jones llega a las ocho". Al año siguiente, en el Concurso de Obras que este Teatro organiza anualmente, obtuvo el Premio Teatro Experimental de la Universidad de Chile, con su drama "Fuerte Bulnes".

Acercas de los orígenes de esta obra, María Asunción ha dicho:

"La primera intención de escribir este drama surgió en mí un día nebuloso y frío en el mismo recinto del Fuerte Bulnes, a 69 kilómetros de Punta Arenas, reconstruido fielmente por iniciativa del General (R) don Ramón Cañas Montalva. Allí, cerca del lugar donde existió Puerto del Hambre, frente a la soledad del Estrecho de Magallanes, en medio de las casas de troncos y champas, parecía que la vida heroica de los fundadores de la ciudad más austral del mundo iba a hablar de pronto. Aún sonaba la campana de la rústica iglesia.

"Era necesario hacer hablar aquellas voces dormidas, porque ellas debían decir de la fe, la grandeza y el hondo patriotismo que envolvió y mantuvo la vida del Fuerte.

"Por esos hombres, la República conquistó la indiscutible soberanía en el Estrecho y escribió una página más en la gesta del Chile heroico".

FUERTE BULNES se representó por primera vez en público en una función de pre-estreno, el 12 de Agosto de 1955, en el Teatro Antonio Varas. Su estreno oficial tuvo lugar al día siguiente, en la misma sala. Su creación fue realizada por el TEATRO EXPERIMENTAL DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, que la presentó con el siguiente reparto:

AMBROSIO	Franklin Caicedo
COLONO PRIMERO (CUINA)	Jorge Boudon
COLONO SEGUNDO	Domingo Tessier
COLONO TERCERO	Héctor Ortiz
FRAY DOMINGO	Roberto Parada
CAPITAN WILLIAMS	Agustín Siré
GOBERNADOR, D. PEDRO SILVA	Héctor Maglio
UN COLONO	Elizaldo Rojas
OTRO COLONO	Humberto Guerra
IGNACIA	Kerry Keller
VENANCIA	Bélgica Castro
DON LUIS	Rubén Sotoconil
BENAMINA	Brisolia Herrera
REMIGIO	Alfredo Mariño
ONAHIE	Gabriela Cruz
SEBASTIAN	Mario Lorea
EL COMPADRE DE REMIGIO	Nelson Villagra
BENITO	Flovio Candia
JUANA	María Cánepa
MUJER PRIMERA (CARMELA)	Carmen Bunster
MUJER SEGUNDA	Clara Brevis
MUJER TERCERA	Fany Fischer
MUJER CUARTA	María Valle
TENIENTE GONZALEZ	Rados Marín
GOBERNADOR SANTOS MARDONES	Emilio Martínez
CACIQUE SANTOS CENTURION	Jorge Lillo
PRIMER COLONO REBELDE	Valerio Arredondo
SEGUNDO COLONO REBELDE	Luis Ogalde
COLONA REBELDE	Mavés González

## COLONOS, ARTILLEROS E INDIOS:

Jorge Acevedo, María Teresa Fricke, Mannel Migone, Manuel Mardones, Idemaro Mujica, Meche Calvo, Carlos Núñez, Jaime Morán, Gerardo Roa, José Jiménez, Gustavo Meza, Juan Lemoigne, Ramón Sabat y Luis Jiménez.

DIRECCION:

PEDRO ORTHOUS

ESCENOGRAFIA

VESTUARIO

RICARDO MORENO

GUILLERMO NUÑEZ

Director Ayudante: RAMON HIDALGO — Director de Escena: AQUILES SEPULVEDA — Secretaria de la Producción: COCA MELNICK — Jefe Técnico: OSCAR NAVARRO — Asesora Musical: MATILDE BAEZA — Técnico en sonido: CELSO GARRIDO — Maquillador: JUAN CRUZ — Apuntador: LUIS BOZA — Traspunte: ELIZALDO ROJAS — Jefe de Maquinaria: OSVALDO MONCADA — Utilero: FRANCISCO HERRERA.

Los decorados y el vestuario fueron realizados en los talleres del TEATRO EXPERIMENTAL de la UNIVERSIDAD DE CHILE.

## FUERTE BULNES

### ACTO PRIMERO

(SITIO QUE, EN EL FUERTE, HACE LAS VECES DE PLAZA PUBLICA. HAY UN GRUPO DE COLONOS REUNIDOS. MURMULLO DE CONVERSACIONES AGITADAS).

AMBROSIO.— Cállense, por favor. Cállense... Escúchenme.

COLONO PRIMERO.— Habla de una vez, Ambrosio. Tú nos pediste que nos reuniéramos aquí, porque tenías algo muy importante que proponernos. Pero hasta el momento no has dicho nada.

AMBROSIO.— Esperaba que estuvieran todos.

COLONO SEGUNDO.— Con los que aquí estamos, basta (Murmullos).

AMBROSIO.— ¡No! No basta. Es algo que a todos interesa y tiene que haber acuerdo.

COLONO PRIMERO.— ¡Ambrosio! El clima de estas tierras no es el de Santiago. Si no terminas de una vez, el frío nos va a matar a todos.

TODOS.— Sí, sí. Que hable. ¿De qué se trata?...

AMBROSIO.—A eso voy... Compañeros: todos nosotros, todos los que llegamos aquí hace dos años a colonizar estas tierras de Magallanes, sabemos muy bien en qué condiciones se nos hizo venir. Cuando nos reclutaron para embarcarnos en la goleta Aneud, y venir a fundar la colonia del Fuerte Bulnes, se nos dijo que nos traerían a unas tierras llenas de riquezas. Nos ofrecieron un nuevo Chañareillo. Nos pedían el sacrificio de fundar una colonia, de levantarlo todo con nuestras propias manos, y a cambio de ello, nos ofrecían una tierra en la que íbamos a hacer fortuna. Nos decían que íbamos a encontrar oro, carbón y muchos minerales. Y en vez de eso, ¿qué hemos encontrado?... Barro y nieve, Viento y frío... Eso es todo lo que hemos encontrado... La colonia está viniéndose al suelo. Y las cosas no pueden seguir así...

COLONO PRIMERO.— ¿Y eso es lo que querías decirnos?... Ya sabíamos que al venir a colonizar el Estrecho de Magallanes, no veníamos a un sarao. (Murmullos agitados).

COLONO TERCERO.— Silencio. Déjelo continuar. Tal vez tenga una solución.

COLONO SEGUNDO.— Si la solución está en abandonar el Fuerte, en abandonar el Estrecho de Magallanes y en perder esta avanzada que hemos ganado para Chile, les advierto que yo no estaré de acuerdo... Yo sé que estas tierras son bravas; yo sé que aquí todo es difícil y que hay que vérselas con el hambre, con el frío y hasta con la muerte. Yo sé que muchos antes que nosotros han tratado de colonizar estas tierras. En este mismo lugar en que estamos, sin ir más lejos, los españoles fundaron hace tres siglos una colonia. ¿Han olvidado cómo

se llamó esa colonia? ¿Con qué nombre se la recuerda?... Con el nombre de Puerto del Hambre; porque todos los que la formaron dejaron sus huesos en estos mismos terrenos. Y así como sé eso, sé muchas otras cosas tremendas que han pasado en estas regiones... Lo sabía mucho antes de venir aquí. Y, sin embargo, he aceptado gustoso los sacrificios que hemos tenido que afrontar... Pero no quiero que estos sacrificios sean inútiles.

AMBROSIO.— Si te mueres de hambre y de frío, como murieron los colonos españoles, tu sacrificio será tan inútil como el de ellos.

COLONO SEGUNDO.— Ahora hay adelantos que no conocieron los españoles y que nos pueden hacer triunfar donde ellos fracasaron. Hay barcos a vapor. Los sabios han estudiado estas tierras, y sobre todo, tenemos un gobierno propio, un gobierno nacional que nos apoyará siempre.

AMBROSIO.— No es mucho lo que nos apoya, a juzgar por la situación en que estamos. (Murmullos).

COLONO PRIMERO.— Bueno, basta ya de alegatos y dínos de una vez qué nos propones.

AMBROSIO.— El Capitán Williams no nos veía desde que nos trajo aquí por primera vez, desde que nos dejó instalados en este Fuerte Bulnes. Ahora ha regresado con nuevos colonos, y nadie le ha dicho la verdad sobre las miserias que estamos pasando. Vamos todos a hablar con él y digámosle francamente lo que pasa.

UNOS.— Sí, sí. Claro. Vamos.

OTROS.— No. No. Jamás. Sería una cobardía. ¿Qué sacaríamos?

AMBROSIO.— Teneamos que decirlo, para que sepan que no estamos viviendo en el paraíso. Para que nos manden más víveres, más socorros. Para que se ocupen más de nosotros. Tenemos que hacernos oír. De lo contrario, el gobierno del General Bulnes...

COLONO SEGUNDO.— El gobierno del General Bulnes hace lo que puede por nosotros. Los problemas en estos momentos son muy grandes y no es propio ir a llorarle calamidades por lo que está sucediendo en este último rincón del mundo. Cuando aceptamos venir, en el momento mismo en que pusimos pie en la goleta Aneud, y aún antes, cuando tuvimos que construirla con nuestras propias manos, sabíamos a lo que veníamos. Sería ridículo ahora llorar miserias. Yo no iré. Anda tú, si quieres, y que vayan contigo todos los que quieran darse por vencidos.

AMBROSIO.— ¡Estúpido! No se trata de darse por vencidos. Se trata de encontrar mejores condiciones para esta vida de perros en que nos tienen.

COLONO SEGUNDO.— Es inútil. No iré. Yo he venido aquí a trabajar por algo muy serio y que llevo muy adentro, y no para andar gimoteando como una señorita. (Murmullos agitados).

COLONO PRIMERO.— Eso no es propio de hombres como nosotros.

AMBROSIO.— ¿Qué? ¿Qué estás diciendo? Soy tan hombre como tú, infeliz, y ahora mismo voy a probártelo.

(AVANZA PARA GOLPEAR AL COLONO PRIMERO. GRAN BARULLO DE TODOS LOS QUE TRATAN DE DETENER A LOS DOS CONTENEDORES. ENTRA FRAY DOMINGO).

FRAY DOMINGO.— ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí? ¡Silencio!... ¿Por

qué tanto alboroto? ¿Un motín?... ¡No faltaba más! Precisamente ahora, que está de paso entre nosotros el capitán Williams.

AMBROSIO.— Justamente, se trataba de eso, Fray Domingo.

FRAY DOMINGO.— ¡Silencio, he dicho!... Ya sé que desde hace tiempo a ti te andan dando vueltas en la cabeza ideas revoltosas y que quieres hacer el redentor. Pues bien, yo te digo que el capitán Williams debe irse de aquí sin una sospecha de lo que estamos sufriendo realmente. Si un informe oficial, como el que él podría dar, hace saber en Santiago o en Aneud nuestra verdadera situación, prendería el desaliento entre nuestros compatriotas, y eso acarrearía el desinterés por la colonización del Estrecho, significaría la ruina definitiva de esta empresa que Dios nos ha deparado para ennoblecer nuestras vidas.

AMBROSIO.— Esas son palabras bonitas no más, Padre. Usted sabe muy bien que aquí no hemos venido a hacer de misioneros, sino a crear una colonia a cambio de una riqueza que nos dijeron que encontraríamos. ¿Dónde están esas riquezas?

FRAY DOMINGO.— Eres un mercader, Ambrosio. Un mercader más despreciable que los que Cristo expulsó del templo, y merecerías que también a ti te expulsáramos a latigazos de esta colonia...

AMBROSIO.— ¡Fray Domingo! ¡Esas cosas no se le pueden decir a un hombre como yo!

FRAY DOMINGO.— Conducete, entonces, como el hombre que realmente eres... ¿Te acuerdas de lo que pasó en la goleta Aneud cuando veníamos a fundar este fuerte? ¿Te acuerdas del terrible temporal que estuvo a punto de echarnos a pique a mitad del camino? A estas horas nosotros deberíamos estar en el fondo del mar, y el Fuerte Bulnes en la mente de Dios y en los buenos deseos de los hombres, si no hubiera ocurrido entonces un hecho milagroso: siete de los nuestros, encabezados por don Bernardo Philipi, regresaron a San Carlos de Aneud en una chalupa, y luego volvieron con los auxilios necesarios. Siete hombres, Ambrosio, sólo siete hombres en una miserable chalupa abierta, atravesando más de 150 millas de ida y vuelta, en medio de un mar enfurecido... Todo esto te lo digo porque tú estabas entre esos siete hombres, y para recordarte que esas cosas no se hacen sólo por la mezquina esperanza de conquistar una pequeña fortuna. Esas cosas se hacen cuando hay una fe y una misión que cumplir.

AMBROSIO.— Sí, Padre, tiene usted razón. Pero yo no estoy renegando. Sólo estoy aspirando a condiciones mejores.

FRAY DOMINGO.— ¿Condiciones mejores? De acuerdo. Siempre que ellas no signifiquen la ruina de la colonia. Estamos aquí no para ganar fortunas, sino para dar testimonio de que Chile es dueño de estas tierras de Magallanes. De lo contrario, bien pronto habrá otros países que querrán apoderarse de ellas. Dios y nuestra Patria nos han encomendado esta misión maravillosa, y debemos tener fe en que sabremos cumplirla. Pensar de otra manera es pensar como un hereje y como un cobarde. Y tú no eres ni un hereje ni un cobarde. Lo probaste el día en que te embarcaste en aquella chalupa.

AMBROSIO.— Padre, yo...

FRAY DOMINGO.— No me digas nada. Sé que estás ofuscado. Sé también que continuarás regañando, porque eres un rebelde. Pero Dios iluminará tu espíritu con impulsos generosos como los que tuviste en-

tonces... Y ahora, silencio. Ahí viene el capitán Williams con el nuevo Gobernador. El primero que se queje tendrá que vérselas conmigo, ¿entendido?... Y, como quien canta su mal espanta, vamos a recibirlos cantándoles el "Himno a la Bandera".

TODOS.— Eso es. Bravo. Viva. Vamos allá.

(CANTAN TODOS EL "HIMNO A LA BANDERA", DE DON JOSE ZAPIOLA. ENTRA EL CAPITAN WILLIAMS SEGUIDO DEL GOBERNADOR DON PEDRO SILVA).

WILLIAMS.— ¡Bravo! ¡Bravo! Así me gusta. Esta colonia con su espíritu siempre en alto, tal como el día en que llegamos aquí. Nada era capaz de echar una sombra sobre su espíritu: ni los temporales de la travesía, ni el peligro de los indios, ni las dificultades de tener que vérselas con extranjeros que tenían los ojos puestos en estas tierras. ¿Se acuerda usted, Fray Domingo, que al día siguiente de llegar nosotros aquí, atracó a estas costas un barco francés y que sus marinos bajaron a tierra plantando sus banderas, como si esta tierra hubiera sido la tierra de nadie?

FRAY DOMINGO.— ¿Cómo no de acordarme, capitán? Si hasta hay unos versos que escribió uno de los nuestros sobre aquel suceso. Todavía andan por allí de boca en boca.

WILLIAMS.— ¡Es verdad! ¡Ahora lo recuerdo! ¡Y no está aquí el poeta para que se los recite a nuestro nuevo Gobernador?...

UN COLONO.— No está, capitán. Es un artillero que está de guardia en estos momentos. Pero la Ignacia se los sabe de memoria.

WILLIAMS.— Que los diga, entonces.

OTRO COLONO.— Ya, Ignacia. "Hácele" el gusto al señor Gobernador.

IGNACIA.— ¡Ay, no! ¿Cómo se le ocurre?

VENANCIA.— ¡Y qué tiene, tonta?

IGNACIA.— Tengo vergüenza.

VENANCIA.— No te vayan a comer, niña por Dios.

UN COLONO.— Mirenda, pues. Tan rogá que la han de ver.

DON PEDRO SILVA.— Ignacia, ¿me va usted a negar ese gusto?

FRAY DOMINGO.— ¿No ves cómo te lo están pidiendo Ignacia? Yo sé que este artillero poeta se pondrá muy horondo si sabe que tú has declamado sus versos...

IGNACIA.— Bueno, por ser para su merced, los voy a decir. Pero no vayan a hacer mofa de mí, ¿ah?

WILLIAMS.— Ya, dílos de una vez.

IGNACIA.— Día 21 de Septiembre  
como a las doce del día...

¡Pero no ve como se está riéndose la Venancia. No les digo nada mejor.

UN COLONO.— Si lo hace de pura nerviosa no más, tonta. No le haga caso.

IGNACIA.— Si se vuelve para el otro lado los digo. Si no, no.

FRAY DOMINGO.— Ya Venancia, vuélvete para el otro lado.

(VENANCIA SE VUELVE DE ESPALDAS E IGNACIA COMIENZA A RECITAR NUEVAMENTE).

IGNACIA.—

Día 21 de Septiembre  
como a las doce del día  
llegamos a Magallanes  
fondeamos en la bahía.  
Pronto saltamos en tierra  
con alegría y valor  
con las armas bien cargadas  
bien atacado el cañón,  
haciendo una salva real,  
plantamos el pabellón.

Y pusimos la bandera  
bien armados y valientes  
todos a voces decimos  
viva nuestro Presidente.

Al otro día siguiente  
llegó un buque de vapor  
con mucha tripulación,  
Barca bien armada en guerra  
Pronto saltaron en tierra  
Pusieron su pabellón.

Dijo nuestro Comandante  
con lijeresa y valor  
voy a mandarle un oficio  
por que se mi obligación.  
Llévede V. al Comandante  
le dijo al embajador.  
El pronto le contestó  
yo lo hice por ignorancia  
si esta tierra está por Chile  
yo llevaré el parte a Francia

Todos formamos en alas.  
nuestros jefes adelantes  
viva el pabellón chileno  
viva nuestro Comandante.

Todo el piquete decía  
que viva nuestra opinión  
que no nos falte el valor  
sigamos nuestras porfías.  
A fusil y bayoneta  
Todos rendimos la vida.

Benga cualquiera nación  
El enemigo que quiera  
Que yo a todos le doy guerra  
y siempre estamos a gusto  
Decimos todos por junto  
Que viva nuestra bandera.

Aunque somos poquititos  
las armas nos dan valor  
tengo buena munición  
para formar en batalla  
paquetes a diez cartuchos  
buenos tarros de metralla.

Tenemos un buen castillo  
y una buena fortaleza  
dándole fuego a la pieza  
estamos bien atrincherados  
se rompe el fuego graneado  
al ruido de las cadenas  
damos las últimas descargas  
Viva la nación Chilena....(1)

TODOS.— Bravo. Muy bien. Mírenla, etc.

FRAY DOMINGO.— Gobernador, ¿por qué no les dice algunas palabras a los colonos? Ellos están deseosos de saber por boca suya las novedades que usted trae.

TODOS.— Sí, que hable. Etc.

PEDRO SILVA.— Amigos míos, la mejor novedad que puedo contarles es que la goleta Aneud, la misma que los trajo aquí por primera vez hace dos años, ha venido ahora cargada de provisiones para ustedes. Sabemos muy bien cómo es la vida aquí, y adivinamos que las cosas son peores de lo que nosotros pensamos. Ahora mismo estoy viendo delante de mí caras escuálidas y ropas casi raídas. Ustedes me han recibido con cantos, con poesías y con risas. Pero detrás de todo eso hay algo que yo presiento, y es preciso que hablen con franqueza. Díganme, ¿es esto demasiado duro para ustedes? Díganmelo... Díganmelo, y lo sabrá todo Chile... ¿Es demasiado duro? (PAUSA, SILENCIO EXPECTANTE.)

La goleta regresará mañana a Aneud. ¿Hay alguien que quiera volver en ella?

FRAY DOMINGO.— ¿No han oído la pregunta del señor Gobernador? A aquéllos que se sientan desilusionados, que se sientan cansados o... derrotados, el capitán les ofrece la oportunidad de regresar mañana. ¿Hay alguno que quiera hacerlo?... Tú, Ambrosio, parece que quisieras decir algo (SILENCIO).

AMBROSIO.— No tengo nada que decir.

FRAY DOMINGO.— No, señor Gobernador, Nadie quiere regresar. En esta colonia no hay derrotados. Nuestra fe, nuestro orgullo de chilenos, han levantado una muralla en torno a este Fuerte, y todos sabemos que el primero que huya a través de esa muralla, será para Chile la señal de que el Fuerte Bulnes ha fracasado. Y nadie en el Fuerte querrá ser la señal de un fracaso. Nadie... ¿No es verdad, hermanos?

TODOS.— Sí, sí. Nadie.

PEDRO SILVA.— Gracias, amigos.

(1) Es copia fiel de un documento publicado en el libro "Fuerte Bulnes", de Armando Braun Menéndez.

TODOS.— Viva el señor Gobernador. Viva el Fuerte Bulnes. Viva la nación Chilena. Viva el capitán Williams.

WILLIAMS.— Gracias, gracias amigos... Esto es lo que soñó don Bernardo O'Higgins. Antes de emprender este viaje, tuve en mis manos las cartas que él le escribió al Presidente Bulnes. En todas ellas está patente su fe en Magallanes. No se lee en ellas otra palabra: Magallanes, Magallanes, Magallanes. El sueño de sus últimos días en Montalván fue venir a colonizar Magallanes en cuanto su salud se lo permitiera. Y todo el mundo sabe que cuando murió, hace dos años, su última palabra fue: "Magallanes"... Ese fue su último sueño, y ustedes son la realización de ese sueño. Por eso, ¿qué importan las penurias actuales?... Siempre habrá una manera de salir adelante. Por ahora, ahí en la bahía, está anclada la goleta con provisiones para los próximos meses. Entre tanto, el Gobierno estudiará los medios para regularizar los suministros. Lo que nunca debe faltar es la fe. La fe y la esperanza... Y ahora vámonos a descansar, que mañana habrá mucho que hacer para descargar de esa goleta las provisiones. Buenas noches, amigos. ¡Y viva el Fuerte Bulnes!

TODOS.— ¡Viva! (SE RETIRAN).

(CALLE. APARECEN FRAY DOMINGO, EL CAPELLAN WILLIAMS Y DON PEDRO SILVA).

WILLIAMS.— Y ahora que estamos solos, Fray Domingo, díganos a don Pedro y a mí, cuál es la verdadera situación de la colonia.

FRAY DOMINGO.— El mismo don Pedro dijo hace un momento, Capitán, que no es difícil darse cuenta de la verdadera situación.

WILLIAMS.— Sí, pero ¿hay "algo" más?

FRAY DOMINGO.— Bueno... las cosechas no prosperan. La tierra es estéril o bien el viento arrasa con los sembrados. Hasta ahora parece que no podremos vivir sino de lo que nos envíen desde allá. Por eso el anuncio de ese cargamento que está en la goleta ha causado tanta impresión... Pero yo creo que con paciencia y con fe...

WILLIAMS.— Fray Domingo, no me oculte nada. Le prometo que yo no diré allá una palabra que perjudique a la colonia. Pero necesito saber la verdad.

FRAY DOMINGO.— Existe la sensación de que el emplazamiento de la colonia ha sido mal elegido.

WILLIAMS.— ¿Cómo?

FRAY DOMINGO.— En esto no hay una crítica para usted, capitán. Usted tiene sus puntos de vista y los respetamos. Pero si el Fuerte hubiera sido emplazado un poco más hacia el Atlántico en la Punta Arenosa, tendríamos tierras más feraces y hasta minas de carbón, y eso es muy importante. Yo no sé hasta qué punto podré seguir predicándoles el desinterés a estos hombres si ellos saben que están luchando contra una tierra estéril, mientras a pocos kilómetros hay minas que pueden hacerlos ricos a corto plazo. Los bienes de este mundo son tentadores.

WILLIAMS.— El Fuerte... en la Punta Arenosa...? No, no. Imposible. Aquí hay abundancia de agua dulce y de madera. Además estamos emplazados sobre un promontorio y eso es muy importante para defenderse de los indios en casos de ataque.

FRAY DOMINGO.— Son sus puntos de vista, capitán y ya le he dicho que

se los respetamos. Por lo demás, fue una flaqueza mía hablarle de esto. En Santiago no deben saber nada de estas divergencias. Haría peligrar nuestra colonia. Y en lo que a mí respecta, mi tarea de evangelizar a los indios, lo mismo puedo llevarla a cabo estando instalado aquí que en la Punta Arenosa.

DON PEDRO SILVA.—A propósito de los indios, ¿no causan muchas molestias?

FRAY DOMINGO.—De hecho, no muchas, aparte del peligro que significa tenerlos como vecinos.

DON PEDRO SILVA.—Mi propósito es entablar con ellos una política de apaciguamiento. Si no me equivoco, los tehuelches tienen como jefe al cacique Huisel.

FRAY DOMINGO.—Sí, pero quien los representa verdaderamente frente a nosotros es el cacique Santos Centurión.

DON PEDRO SILVA.—¿Santos Centurión?

WILLIAMS.—¿No es un mestizo o un blanco renegado que nació en Montevideo y que después anduvo peleando junto a José Miguel Carrera en las pampas?

FRAY DOMINGO.—El mismo. Parece que se vino a estas tierras huyendo de alguna historia turbia, y aquí se ha convertido en una especie de cacique representante de los indios. Con él es más fácil entenderse, por tratarse de un blanco. Pero tiene también toda la astucia de los indios y sabe sacar buen partido de todo. Mucho me temo que nos esté haciendo un doble juego. Le recomiendo tener mucho cuidado con él, don Pedro.

DON PEDRO SILVA.—¿Y qué vida lleva?

FRAY DOMINGO.—La de los tehuelches. Hizo vida marital con una india y tuvo una hija que ahora es una hermosa muchacha. El la llama Onahe, pero yo la he bautizado con el nombre de Javiera Carrera. No he tenido mucho éxito; todo el mundo sigue llamándola Onahe. Me temo que su evangelización, con semejante padre, será un trabajo muy largo. Además tengo que estar alerta con ella, porque, como es muy bonita, los sentimientos que despierta en algunos de nuestros mocetones no son, precisamente, de lo más cristianos.

DON PEDRO SILVA.—¿Qué difícil tarea la suya, padre!

FRAY DOMINGO.—Muy difícil... y muy hermosa. Pero no me remueva ese tema que podríamos quedarnos aquí hablando hasta mañana, y eso suele no ser saludable en estas latitudes. Hasta la vista, don Pedro.

DON PEDRO SILVA.—Hasta luego, padre.

FRAY DOMINGO.—¿Viene usted conmigo, capitán?

WILLIAMS.—No, padre. Antes de retirarme quiero ir a la playa para echar un vistazo a la goleta. Me da mucha alegría mirarla y pensar que en ella está la tranquilidad material de esta colonia para varios meses... Hasta mañana, Fray Domingo.

FRAY DOMINGO.—Hasta mañana, capitán. (SE VAN)

(CASA DE REMIGIO Y BENAMINA. ENTRAN DON LUIS, REMIGIO Y AMBROSIO. EN ESCENA ESTA BENAMINA TERMINANDO DE ADORNAR UNA TORTA).

DON LUIS.—Buenas tardes, Benamina.

BENAMINA.—¡Don Luis, dichosos los ojos! ¿Y a qué se debe el gusto de tenerlos por esta casa?

DON LUIS.—Veníamos acompañando a su marido y aprovechamos de pasar a saludarla.

BENAMINA.—Muy bien pensado, pues... Tomen asiento. Y a usted, Ambrosio, ¿se le ha helado la lengua, que no saluda?

REMIGIO.—Déjalo, mujer. Está amurrado porque le bajaron el moño en la reunión.

AMBROSIO.—A mi nadie me baja el moño, ¿entiendes? Y no aguanto que...

DON LUIS.—Bueno, Ambrosio. Basta, basta. No sigan con las discusiones. Hemos venido a pasar un rato agradable con la Benamina y no nos vamos a poner a pelear aquí.

BENAMINA.—Lo que pasa, Ambrosio, es que usted no ha podido pescarle el paso a esto del Fuerte Bulnes. Míreme a mí: una mujer esperando un hijo. Y aquí estoy, ¡tan feliz...! Yo podría estar cómodamente sentada en mi pueblo esperando mi niño. Nada me faltaba. Yo tenía mi azúcar, mi yerba, mis huevos, mis gallinitas, de un todo. Pero un día le oí decir unas cosas tan bonitas al capitán Williams sobre sus tierras que iban a colonizar, que poco a poco me fui entusiasmando y terminé entusiasmando a éste también.

REMIGIO.—Y aquí estamos.

BENAMINA.—Sí, pues; aquí estamos. Y bien felices. Y yo, bien contenta de ser la primera chilena que va a tener familia en estas tierras, la fundadora de la primera familia magallánica. ¿No es para estar orgullosa, dígame usted?

DON LUIS.—Muy orgullosa, Benamina. Usted será el símbolo de la fertilidad en esta tierra.

BENAMINA.—¿El qué?

DON LUIS.—Nada. No importa... Bueno... ¿Y se puede saber qué está haciendo?

BENAMINA.—Hágase el leso, nomás... ¿No vé que estoy terminando de adornar una torta?

REMIGIO.—Muy bien hecho. Así tendremos con qué festejar a los invitados.

AMBROSIO.—No se molesten. Yo ya me voy y creo que don Luis...

REMIGIO.—No faltaba más. La Benamina...

BENAMINA.—Oigan, no se hagan tantos cumplidos con mi torta, que no es para ustedes. Este engañito lo he preparado para el capitán Williams.

REMIGIO.—¿Qué?

BENAMINA.—Para el capitán Williams. Por valiente y animoso y por permitir que yo llegara a esta tierra de Magallanes a tener mi primer hijo.

AMBROSIO.—Yo no sé si su hijo va a estar tan agradecido del capitán Williams, como usted, Benamina... A lo mejor no le gusta nada venir a nacer entre tanta nieve y tanto barro.

BENAMINA.—Le gustará. Y si nó, aquí estará yo para enseñárselo, para enseñarle a ser feliz en la tierra que lo ha visto nacer. Y usted hace

muy mal, Ambrosio, en decirme esas cosas amargas. Yo tengo mi ilusión. Déjeme con ella... Puede que sea una tontería, pero yo me siento una mujer feliz. Sé que este hijo será una bendición para todos. Puede que algún día tengamos una buena ciudad con calles, con plazas, con árboles y hasta con hospitales y escuelas. El nos traerá todo eso...

DON LUIS.—Sí, Benamina. El nos traerá todo eso. Tranquilítese; a Ambrosio lo que le pasa, es que anda de mal humor y no sabe contra quién carga.

AMBROSIO.—Sí, Benamina. Discúlpeme. No quise ofenderla.

BENAMINA.—Lo que le pasa a Ambrosio es que está enojado conmigo porque no le doy torta. Pero no se les dé nada. Mañana, en cuanto bajen las nuevas provisiones de la goleta, me voy a conseguir un poco de harina y con unos huevos de avestruz que me ha prometido la indiecita de Santos Centurión, les voy a hacer una torta de chuparse los dedos... Y ahora me voy antes que me coman ésta. Será hasta luego pues... Hay que ver lo feliz que va a estar el capitán Williams. (SALE).

DON LUIS.—¿Qué mujer tan magnífica tienes, Remigio!

REMIGIO.—Es muy buena mujer. Ojalá no tenga dificultades con el nacimiento del niño. ¿Está tan esperanzada!

AMBROSIO.—¿Esperanzada! ¿Esperanzada! Ya estoy hasta la coronilla de oír hablar de esperanzas, de ilusiones y de fe. El curita no sabe otra cosa: La esperanza y la fe, la fe y la esperanza, la esperanza y la fe. ¿Como si pudiéramos vivir de esperanza y de fe!

DON LUIS.—¿Ya vas a empezar otra vez?

AMBROSIO.—Déjeme que me desahogue, don Luis... Yo, allí en mi pueblo, tenía mis terrenitos y cuando echaba la semilla a los sureos, sabía lo que era la esperanza, porque de allí iban a salir unas espigas que daba gloria mirarlas... Pero aquí, cuando echo la semilla a la tierra, se me figura que la estoy quemando, porque de ella no va a salir nada, nada. ¿Y así quieren ustedes que tenga esperanza...? ¿Esperanzas de qué...? ¿Ciudades, casa, hospitales, escuelas...! ¿Patillas...! Aquí no seremos nunca más que un caserío de tablas podridas, con nosotros como monigotes adentro, para que los santiaguinos puedan darse el lujo de decir que tienen posesiones junto al Estrecho de Magallanes... Y me voy, porque si no voy a decir más de algo desagradable. Buenas noches. (SALE BRUSCAMENTE).

DON LUIS.—¿Ah, qué muchacho!

REMIGIO.—Lo que yo me pregunto es por qué no se va si está tan a disgusto.

DON LUIS.—Por lo mismo que no te vas tú, ni me voy yo, Remigio... Porque esta tierra pesca. Este es uno de esos rineones del mundo de donde es muy difícil salir. Y aunque estés lejos de él, siempre hay algo que te tiene amarrado. Ya verás que de todo esto sale algo grande... Bueno, ya es tiempo también que yo me vaya. Mañana tenemos que ocuparnos temprano de revisar las trampas. Buenas noches, Remigio.

REMIGIO.—Buenas noches, don Luis. (SALE DON LUIS. DESDE AFUERA, AGREGA:)

DON LUIS.—Allá parece que viene la Benamina.

REMIGIO.—Voy a salirle al encuentro. No vaya a tropezar por el canino... (DE LEJOS:) Buenas noches.

DON LUIS.—Buenas...

(DESAPARECEN LOS DOS. CALLE. APARECEN SEBASTIAN Y DON LUIS, CADA UNO POR UN COSTADO).

DON LUIS.—¡Vaya! ¡Tú por aquí, Sebastián! ¿Qué hace un sargento de nuestra guarnición a estas horas de Dios por estos andurriales?

SEBASTIAN.—Andaba tomando un poco de aire, don Luis. Estuve toda la tarde de guardia y salí a ventearme un poco.

DON LUIS.—Oye, ¿y no andarás rondando a ver si te encuentras con cierta indiecita?

SEBASTIAN.—¿Con una indiecita?

DON LUIS.—Sí, no te hagas el leso. Con Onahe, la hija de Santos Centurión. Te ví el otro día conversando con ella en el comedor de tropa. Ten cuidado, ¿eh?

SEBASTIAN.—No, don Luis, si eran puras conversaciones no más. ¿Cómo se le ocurre que yo...!

DON LUIS.—Te lo digo por si acaso. No sea cosa que te vayas a entusiasmar... Cuidado, con esa, Sebastián. Santos Centurión no te lo perdonaría jamás. Si te gustan las indias, más vale que pienses en otra. No queremos enredos con los indios. Además tengo entendido que su padre la tiene prometida al cacique Huisel.

SEBASTIAN.—Centurión no es un indio. No querrá dársela a ese caciquillo borracho.

DON LUIS.—Santos Centurión vive demasiado tiempo entre ellos, y a veces piensa como tal. Y es un cacique, no lo olvides. El más fuerte de todos.

SEBASTIAN.—No se inquiete, don Luis. En primer lugar, no estoy esperando a Onahe. En segundo lugar, no somos más que amigos. Y en tercer lugar, si llega a haber algo entre nosotros, ya veremos lo que pasa.

DON LUIS.—Cuidado, cuidado. Más vale que te retires temprano, como yo. Buenas noches, Sebastián.

SEBASTIAN.—Buenas noches, don Luis.

DON LUIS.—Parece que se va a levantar viento, ¿no?

SEBASTIAN.—No creo.

DON LUIS.—Yo no estaría tan seguro. De repente, llega el diablo y sopla.

(SE VA DON LUIS. SEBASTIAN LO MIRA ALEJARSE, Y, CUANDO ESTA A PUNTO DE RETIRARSE TAMBIEN, APARECE ONAHE)

ONAHE.—¡Pst! ¡Pst!

SEBASTIAN.—¡Onahe...! Ya me habían dicho que rondabas por aquí de noche. Y vine para saber si era cierto... ¿No sabes que está prohibido?

ONAHE.—¿Qué quiere decir "prohibido"?

SEBASTIAN.—Onahe, ¿qué haces aquí?

ONAHE.—Esecondida.

SEBASTIAN.—¿Algún colono te perseguía? (ONAHE NIEGA CON LA CABEZA). ¿Andas huyendo de alguien...? ¿De algún indio? (ONAHE AFIRMA). ¿Huisel?

ONAHE.—Mátalo. Tengo flechas en el bosque. Huisel corre mucho, como los zorros. No puedo matarlo.

SEBASTIAN.—¿Estás loca...? La que moriría serías tú.

ONAHE.—Quiero matarlo.

SEBASTIAN.—Tu padre te tiene prometida a Huisel. Si no te casas con él, te matará.



ONACHE.—Quiero matarlo.  
 SEBASTIAN.—¿No sería mejor que fueras su mujer?  
 ONACHE.—¿Onahe... su mujer?  
 SEBASTIAN.—Sí. Tú. Fray Domingo bendeciría tu matrimonio.  
 ONACHE.—Entonces... ¿no quieres matarlo?  
 SEBASTIAN.—¿Estás loca...? ¿Y por qué precisamente yo?  
 ONACHE.—Te vi en el bosque cazar huanacos.  
 SEBASTIAN.—Eres una imprudente. Pude haberte herido sin saber dónde te escondías.  
 ONACHE.—Te vi botar árboles de seis hachazos.  
 SEBASTIAN.—¿Así que me espías?  
 ONACHE.—Te vi montar el caballo del cacique.  
 SEBASTIAN.—Tu padre.  
 ONACHE.—Cacique.  
 SEBASTIAN.—Es tu padre. No debes llamarlo así.  
 ONACHE.—Cacique.  
 SEBASTIAN.—Bueno, cacique... Pero no creas que voy a ponerme a matar a cuanto indio se te antoje... Y ahora tienes que irte. Yo te llevaré fuera de la empalizada. ¿Cómo pudiste entrar sin que te viera el centinela?  
 ONACHE.—Entré temprano.  
 SEBASTIAN.—Pero de todos modos tenías que haber dado alguna razón para entrar.  
 ONACHE.—Dije que traía cosas para Fray Domingo.  
 SEBASTIAN.—¿Y se las entregaste?  
 ONACHE.—No era para Fray Domingo. Era para Sebastián.  
 SEBASTIAN.—¿Para mí?  
 ONACHE.—Sí. Es ésto.  
 SEBASTIAN.—¿Qué cosa?  
 ONACHE.—Adorno de Huisel. Quiero que sea de Sebastián.  
 SEBASTIAN.—¿De Huisel? ¿Se lo robaste?  
 ONACHE.—Sí. Quiero que sea de Sebastián.  
 SEBASTIAN.—Pero ¿no te ha enseñado Fray Domingo que es malo robar?  
 ONACHE.—Me gustó. Era para Sebastián.  
 SEBASTIAN.—Es muy bonito, Onahe... Un adorno muy bonito, y... y... bueno, no sé qué decirte... Gracias.  
 ONACHE.—¿Lo vas a matar?  
 SEBASTIAN.—¿Matar? ¿Matar a quién?  
 ONACHE.—A Huisel.  
 SEBASTIAN.—¡Ah! Se me había... Pero, ¿por qué lo odias tanto?  
 ONACHE.—Huisel es un zorro. Me llevará lejos de aquí. Mátalo.  
 SEBASTIAN.—¿Sabes que no me gustaría ser tu enemigo?  
 ONACHE.—Nunca enemigos. Fray Domingo... la colonia... tú, siempre aquí. (APOYA LAS MANOS SOBRE SU PECHO).  
 SEBASTIAN.—Eres muy bonita, Onahe.  
 ONACHE.—¿Qué es "bonita"?  
 SEBASTIAN.—Tú eres bonita.  
 ONACHE.—Yo india... Yo no bonita.  
 SEBASTIAN.—Eres india... y eres bonita al mismo tiempo.  
 ONACHE.—A veces, cacique dice que Onahe india; y a veces, mala india.  
 SEBASTIAN.—Tú no eres mala... Tú eres bonita... Onahe.  
 ONACHE.—¿Bonita?

SEBASTIAN.—Sí, Onahe... Onahe, yo quisiera decirte muchas cosas, decirte que... decirte que... ¿Cómo se dice en tu idioma eso que yo quiero decirte?

ONACHE.—¿Decirme qué? (PAUSA)

SEBASTIAN.—¿Onahe!

ONACHE.—¿Sebastián? (SE BESAN. COMIENZA A SOPLAR UN VIENTO QUE LUEGO SE HACE HURACANADO). Quiero vivir contigo... Siempre.

SEBASTIAN.—Vivirás conmigo.

ONACHE.—Y tú, ¿cazarás por mí en el bosque?

SEBASTIAN.—Sí. Cazaré por ti en el bosque.

ONACHE.—¿Buscarás el agua?

SEBASTIAN.—Buscaré el agua.

ONACHE.—¿Y matarás por mí?

SEBASTIAN.—Sí... Mataré por ti... Onahe... (VUELVEN A BESARSE. EL VENTARRON HA ARRECIADO. SE OYEN CAMPANA Y VOCES. TURMULTO). Huye, huye, por aquí. Ven mañana, a esta hora. VOCES.—Socorro. Apurarse. Todo está perdido. Todavía es tiempo de salvarla, etc.

(APARECEN HOMBRES Y MUJERES CORRIENDO POR TODAS PARTES).

SEBASTIAN.—(A UN ARTILLERO). ¿Qué pasa, artillero?

UN ARTILLERO.—(HACIENDO SONAR UNA CAMPANA DE MANO).

La goleta ha cotado tres amarras. Está a punto de irse al garete. El viento la está empujando.

SEBASTIAN.—Avisa al capitán Williams y al gobernador inmediatamente. (SALE).

UN ARTILLERO.—A su orden, mi sargento. (SALE).

(APARECEN, POR COSTADOS OPUESTOS, AMBROSIO Y FRAY DOMINGO).

FRAY DOMINGO.—Y tú, Ambrosio, ¿por qué no corres también a salvar la goleta?

AMBROSIO.—Que se pierda. Que se la lleve el viento. Así reventaremos todos de una vez y se acabarán las esperanzas.

FRAY DOMINGO.—¿Ambrosio! Tú no puedes hacer eso. Tú no eres un cobarde.

(APARECE BENAMINA)

BENAMINA.—Fray Domingo, Fray Domingo, tienen que salvar la goleta.

Tienen que salvarla. Si no, mi hijito se morirá de hambre. Yo no quiero que mi hijito se muera antes de nacer, Fray Domingo.

FRAY DOMINGO.—(A AMBROSIO). ¿Ves? Ese hijo no es una esperanza. Ese hijo es una realidad. Tienes que ayudar a salvarlo.

BENAMINA.—¿Qué? ¿Que tú no quieres ir...? Pero, ¿qué laya de hombre eres tú? ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Eres un cobarde!

(BENAMINA SE ABALANZA SOBRE EL, LE ABOFETEIA EL ROSTRO Y CAE LLORANDO AL SUELO. APARECE EL CAPITAN WILLIAMS, Y, POR OTRO LADO, SEBASTIAN Y UN GRUPO DE ARTILLEROS).

WILLIAMS.—Calma, calma, amigos. La tempestad no se llevará nuestras provisiones. Una tempestad no puede vencer al capitán Williams ni doblar a los valientes colonos del Fuerte Bulnes... Necesito voluntarios... Hay que salir en botes y traer esa goleta, aunque nos vaya en ello la vida.

AMBROSIO.—Yo iré, capitán. Y tú Sebastián, conmigo. ¿Dónde está don Luis?

SEBASTIAN.—En el embarcadero buscando la cuerda.

FRAY DOMINGO.—Voy con ustedes.

(SALEN. EL CAPITAN SE DIRIGE A LOS ARTILLEROS)

WILLIAMS.—Ustedes, vengan conmigo.

(SALEN. UN GRUPO DE MUJERES HA RODEADO A BENAMINA, Y, ARRODILLÁNDOSE, SE HAN PUESTO A REZAR)

MUJERES.—Dios te salve, María, llena eres de Gracia, etc....

(PASAN HOMBRES CORRIENDO)

UNO.—Si se hunde la goleta estamos perdidos.

OTRO.—Más valdría tirarse de cabeza al mar que quedarse aquí a morir de hambre.

UN TERCERO.—Ustedes, menos conversación, ¡y adelante!

LAS MUJERES.—...Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, etc.

TELON

## ACTO SEGUNDO

(LUGAR PUBLICO EN EL FUERTE. PASAN COLONOS Y ARTILLEROS. ALGUNOS SE DETIENEN A CONVERSAR)

COLONO PRIMERO.—¿Para cuándo estarán listas las nuevas bodegas, Benito?

BENITO.—Dicen que las quieren tener para un mes más.

COLONO PRIMERO.—¿Serán fantásticos! ¿Y para qué querrán tener bodegas si no hay nada que guardar en ellas...? Y lo poco y nada que hay, están comiéndoselo los ratones.

BENITO.—Parece que van a empezar a mandarnos remesas de provisiones más seguidas que antes. El otro día le oí decir al gobernador que habían destinado el queche "Magallanes" para el servicio de aprovisionamiento del Fuerte.

COLONO PRIMERO.—Yo ya no les creo nada. Parece que las remesas no las mandarán sino cuando se acuerdan. Y todavía: las mandan en unos

buquecitos que al primer soplo quedan tambaleándose. ¿Qué pasó la otra vez? Si no andamos tan listos, se va la goleta "Aucud" al garete, y ahí quedamos nosotros muriéndonos de hambre.

BENITO.—Si no es por Ambrosio, no había quedado ni uno de nosotros para contar la historia. Cierto es que las órdenes eran del capitán Williams, pero él se portó como un lobo de mar y maniobró como Dios de bien.

COLONO PRIMERO.—¿Tan raro que se ha puesto Ambrosio! Nunca ha sido muy expansivo; pero cuando recién llegamos era trabajador como el solo. Y le ponía pasión al trabajo. Pero ahora parece que todo lo hace por pura obligación. Parece que todo le enfada.

BENITO.—El otro día me dijeron que quiere hacer lo mismo que Santos Centurión: irse con los indios y convertirse en un cacique blanco.

COLONO PRIMERO.—¿Cuidado, que ahí viene!

(SIGUEN HABLANDO EN VOZ BAJA. ENTRAN AMBROSIO Y FRAY DOMINGO).

FRAY DOMINGO.—Pero eso no está bien, hijo mío. Con esa actitud te vas a conquistar muchas enemistades. Tú ya te habrás dado cuenta de que los colonos están comenzando a murmurar de ti.

AMBROSIO.—Que murmuren. Me da lo mismo.

FRAY DOMINGO.—No puede darte lo mismo. Aquí todos debemos ser como una sola familia. Más ahora que tenemos encima esta plaga última de ratones... Y, ahora que lo digo, voy a aprovechar estas horas de luz para ir a matar unas cuantas ratas más.

AMBROSIO.—No, padre. Ya ha matado bastantes. Basta por hoy.

FRAY DOMINGO.—¡Basta por hoy!, he aquí una frase que no debemos pronunciar jamás.

AMBROSIO.—Sí, padre. Ya sé que usted es de los que dicen: "Ayúdate, que Dios te ayudará".

FRAY DOMINGO.—Ya bastante nos ayuda, Ambrosio. No nos deja un momento libre. Sería peligroso pensar demasiado en esta nuestra soledad...

AMBROSIO.—¡Muy peligroso, padre...!

(APARECEN SEBASTIAN Y DON LUIS)

DON LUIS.—¿Sebastián! ¿Sebastián! Esto no puede ser. Antes eras un muchacho optimista, avimoso, un verdadero soldado. Pero ahora no te cuidas para nada de ocultar tu decepción. Eso no puede ser. Acuérdate que por sobre todo, eres un soldado de la República.

SEBASTIAN.—¿Y qué importa ya todo eso! Recuerdo la tarde en que desembarcamos aquí, después de ese viaje en el que todos creíamos que íbamos a irnos al infierno. Fue el 21 de septiembre de 1843. ¿Qué alegría la nuestra! Estábamos en Puerto del Hambre. Pero ese nombre nada nos decía. No era ni siquiera un presagio. Nos sentíamos fuertes, y capaces de las más difíciles empresas. Hundimos los clavos en las maderas y fuimos levantando nuestras casitas, nuestras miserables casitas.

DON LUIS.—¿Y, ahora, estás arrepentido?

SEBASTIAN.—Usted sabe, don Luis, lo que fue plantar aquella bandera

en la playa. ¡Qué ilusión! ¡Qué tremenda ilusión...! Pero usted, sabe también, cómo los clavos fueron enmoheciéndose; cómo el bosque nos rechazó y cómo el agua fue escondiéndose cada vez más dentro de la tierra. Se apagaron los gritos alegres y la bandera se desmadró. La humedad, el hambre, la soledad, se nos fueron metiendo hasta en los huesos... Y de ahí ya no se van más...

DON LUIS.— Pero nosotros tenemos que resistir, Sebastián. Debemos sostener nuestra soberanía pese a todo. Aún se escuchan los gritos de nuestros soldados en Rancagua. Ellos dieron su vida por una causa. Démosla nosotros por ésta, si es preciso.

SEBASTIAN.— Si a O'Higgins no se le ocurre morir pensando en Magallanes, a otros les hubiera tocado la fiesta. En mala hora nacimos.

DON LUIS.— Da gracias al cielo de que soy yo quien te está escuchando. De otro modo, ese arrebato podría costarte caro.

SEBASTIAN.— Sí, don Luis. Perdóneme. Ya ni sé lo que digo. Hablemos de otra cosa, será mejor.

DON LUIS.— ¿De la plaga de ratas, para variar?...

(SIGUEN CONVERSANDO EN VOZ BAJA MIENTRAS CONTINUA EL DIALOGO DE FRAY DOMINGO CON AMBROSIO).

AMBROSIO.— ¿Cómo sigue el hijo de Benamina?

FRAY DOMINGO.— Mal, muy mal, hijo. He dado órdenes de que si pasa algo malo, me avisen con tres campanadas.

AMBROSIO.— ¿Tan grave es?

FRAY DOMINGO.— Gravísimo. Una vez me tocó atender un caso semejante, al interior de San Carlos de Aconcagua. No tuvo salvación.

AMBROSIO.— ¿Y así me decía usted hace dos años, cuando el niño iba a nacer, que lo de Benamina no era una esperanza, sino una realidad! ¡Ahí tiene usted ahora esa realidad: un pobre inocente agonizando!

FRAY DOMINGO.— Los designios de Dios son insondables.

AMBROSIO.— Muchas veces me digo que esa vez no debí mover ni un dedo para salvar la goleta. Debimos dejarla que se fuera, y luego, que todos nos pudriéramos de hambre. ¿Para qué nos sirvió? Para afrontar el invierno más crudo que ha conocido ningún cristiano, para que ahora nos veamos tapados de ratas. Se comen lo poco y nada que hemos logrado cosechar y conservar, y un angelito, que ninguna culpa ha tenido de venir a caer en este infierno, está agonizando... ¡Y todavía me pregunta usted por qué ando siempre como enojado con los demás!... Esa es la razón, Padre. Estamos hasta la coronilla de calamidades. Pero todos dicen: "Es la voluntad de Dios", y nadie hace nada. Mientras tanto, Dios nos hace saltar a chinchorrazos.

FRAY DOMINGO.— ¿Y qué quieres que hagamos?

AMBROSIO.— Que nos pongamos los pantalones de una vez por todas. Antes, cuando teníamos a don Pedro Silva de Gobernador, nos quejábamos porque él era tirano y nos regateaba las raciones. Pero, por lo menos, se preocupó de la colonia y logró que los indios nos dejaran en paz, aunque fuera en apariencias. Pero éste que tenemos ahora, don Justo de la Rivera, no sirve para nada. Vive achacosos y no sabe otra que llorar calamidades en lugar de tomar una determinación.

FRAY DOMINGO.— ¿Pero qué determinación quieres que tome?

AMBROSIO.— La que todo el mundo sabe que hay que tomar y nadie se atreve a decir: que nos mudemos a la Punta Arenosa. Allí las tierras son fértiles y están más al abrigo... En cambio aquí... ¡Maldita tierra!... Todos los animales se murieron, y el niño de la Benamina está agonizando porque no pudo tener su leche. Sembramos trigo, no madura. Sembramos hortaliza... cuidamos cada plantita como si fuera oro... las salvamos de la última escarcha... ¿y qué pasa? Tienen que venir las ratas y comérselo todo. Ya no hay lugar donde no aparezca la peste... Más nos hubiera valido aquella noche que se hubiera ido al diablo la goleta. Estaríamos ahora en el infierno y, al menos tendríamos los huesos bien limpios... ¡Ah! ¡Pero, eso sí! Si pasa un barco extranjero, nos abrigan, nos limpian, nos dejan relucientes como espejos. Y al estómago se le pone doble cerrojo. No debe sospecharse el estado miserable en que vivimos. ¡No!

(BENITO, QUE DESPUES DE DESPEDIRSE DE COLONO PRIMERO, SE HA QUEDADO SOLO, SE ACERCA A FRAY DOMINGO Y AMBROSIO, Y TERCIA EN LA CONVERSACION)

BENITO.— ¡Ambrosio tiene toda la razón!

FRAY DOMINGO.— Y a usted, ¿quién le ha dado velas en este entierro?

BENITO.— Mi estómago, Padre; a cada rato me dice que tengo hambre. Y mis espaldas, las tengo molidas de tanto matar ratas.

(SE ACERCA SEBASTIAN AL GRUPO).

FRAY DOMINGO.— ¡Dios te ha mandado esta misión, y debieras estar feliz con ella, en vez de quejarte porque no tienes el estómago lleno!

BENITO.— Para eso estoy en Chile: para quejarme. Y para eso tenemos libertad: para quejarnos cuando se nos dé la gana.

SEBASTIAN.— Tienes razón. Tenemos derecho a exigir...

DON LUIS.— ¡Sebastián! ¡Tú eres un soldado! ¡Tú no puedes!

AMBROSIO.— ¡Y aunque lo sea! ¡Antes que nada es!...

DON LUIS.— ¡Silencio...! ¿Con qué derecho hablan ustedes de Chile y de la libertad, si no están dispuestos a sacrificarse, justamente por esa Patria y esos ideales que ahora están invocando?... ¿Se han olvidado de que los ingleses, no hace mucho, tomaron posesión de las Islas Malvinas?... ¿No recuerdan que mientras nosotros llegábamos aquí el gobierno francés acordaba la colonización del Estrecho de Magallanes?... ¿No saben que muchos países, vecinos y lejanos, tienen sus ojos puestos en estas regiones?... Piensen en todo eso, "señores"; piensen que nuestra soberanía es mucho más importante que nuestro pellejo y que nuestros estómagos, y después vengán a hablar de Chile y de la libertad. Y yo les advierto que llegará un día en que no faltará quien pretenda disputar a Chile su derecho a estas tierras. Y ese día Chile deberá poder exhibir nuestros huesos como testimonio de algo que legítimamente le pertenece... Buenas noches, "señores".

(DON LUIS SE VA RAPIDAMENTE. RUIDO DE VIENTO. LOS DEMAS SE RETIRAN CABIZBAJOS, SALVO FRAY DOMINGO, QUE CAE DE RODILLAS).

FRAY DOMINGO.— Dios mío, dales la paz. Ilumina sus corazones. Da-

les fuerzas para resistir, porque no saben lo que están haciendo...

(MUTACION. APARECEN REMIGIO Y SU COMPADRE)

EL COMPADRE.— Aléguese para acá, compadre, que debajo de este alerito vamos a estar al abrigo del frío. Aquí, con una pitadita y con esta vibuela tendremos que saber capearle a la pena y al hielo.

REMIGIO.— ¡Ay, compadre, con todo esto que pasa, a mí ya me da lo mismo estar en cualquiera parte!

EL COMPADRE.— A usted le dará lo mismo, pero no a la comadre. ¿Usted cree que a ella no le hace peor verlo en la casa con esa fachada de ánima "espirituá" que a usted se le ha puesto?

REMIGIO.— ¡Y qué quiere que le haga yo, compadre, por el amor de Dios! Si veo a esa pobre Benamina... y se me corta el resuello de verla sufrir tanto... Si está de Dios que la criatura se muera, ¡bueno, qué le vamos a hacer!... ¡Pero ella! ¡Ella, que era tan animosa..., ahí la tiene usted ahora, hecha un estropajo!

EL COMPADRE.— ¿Y de dónde han sacado que el niño se va a morir? ¡Pseh! ¡No faltaba más...! El niño se va a mejorar, y la comadre Benamina va a volver a ser la misma de antes, y a usted se le va a pasar ahora mismito esa cara de pepa de zapallo con que anda... ¡Miren pué!... ¡Que se atreva a asomarse la "pelá" por Fuerte Bulnes! ¡En cuanto no más se asome, le echamos todos los ratones a la siga... y a ver si se vuelve a aparecer por aquí!... ¿Usted cree que es llegar y morirse, no más?...

REMIGIO.— ¡Compadre!... Eso me lo dice usted para levantarme el ánimo, pero esto ya no tiene remedio... Y lo peor es este remordimiento que a mí me ha entrado. Yo no debí haber permitido nunca que nos viniéramos aquí. En Chiloé éramos tan felices con lo poco y nada que teníamos. Pero a la Benamina se le puso venir a conocer tierras nuevas y a tener su niño en estos descampados. Y como yo nunca he sabido otra que darle en el gusto, agaché la cabeza, y aquí estamos jodidos.

EL COMPADRE.— Eso es para que en lo futuro no sea tan como le dijera yo, y para que aprenda que las mujeres no sirven más que para meterlo a uno en líos. Y para que no se le olvide, póngale oreja a ésta.

(CANTA UNA CANCIÓN. AL TERMINAR LA CANCIÓN, APARECE VENANCIA CORRIENDO, E INTERRUMPE)

VENANCIA.— ¡Remigio! ¡Remigio!

REMIGIO.— ¡Qué pasa!

VENANCIA.— ¡Venga, Remigio, corra, que parece que el niño se ha empeorado y la Benamina está desvariando como loca!

REMIGIO.— ¡No! ¡Yo no voy! No me atrevo a mirarla a la cara.

VENANCIA.— ¡Remigio!

REMIGIO.— ¡Pero no me entienden?... ¡Yo tengo la culpa! ¡Yo tengo la culpa! Debí haberme negado a tiempo. ¡Yo tengo la culpa!

EL COMPADRE.— ¡Compadre! ¡Qué es eso? ¡Pórtese como un hombre! (LO SACUDE).

REMIGIO.— Sí... No es nada... Ya voy.

(SALEN LOS TRES. EN LA PLAZA SALEN, DON LUIS POR UN LADO, LLEVANDO UN GARROTE Y CON AIRE DE CANSANCIO, Y EL COMPADRE POR OTRO LADO).

AMBROSIO.— ¿Y de adónde viene, don Luis, con ese aire de cansado?

DON LUIS.— ¿De dónde quieres que venga, pues, hombre? De matar ratas. ¿No me ves el garrote?

AMBROSIO.— Buen dar con el trabajito que nos ha caído encima, ¿no?

DON LUIS.— El otro día le oí decir al Gobernador que había mandado un despacho a Santiago dando cuenta que, hasta el momento, se habían matado más de once mil ratas.

AMBROSIO.— ¡No me diga! ¿Serán tantas?

DON LUIS.— ¡Qué menos pueden ser? Si ya vamos para tres meses en este jueguecito, y si vamos a ver, en éstos tres meses no hemos hecho otra cosa que matar ratas.

(SE OYEN DENTRO UNOS GRITOS DE MUJER).

JUANA (DENTRO).— ¡Ay, Cuina, por Dios, no me peguís tan fuerte! ¡Ayayayeito, por Dios! ¡Hazlo por tu mamita linda, Cuina! No me peguís! Etc. (SIGUE EL ALBOROTO DENTRO).

AMBROSIO.— ¡Qué pasa!

DON LUIS.— Debe ser ese loco de Juan Antonio Cuina, el herrero, que está dándole otra paliza a su mujer.

(SALE JUANA PERSEGUIDA POR SU MARIDO, EL COLONO PRIMERO. ALGUNOS COLONOS Y MUJERES SE HAN AGRUPADO ATRAIDOS POR LOS GRITOS, Y SIGUEN LA ESCENA CON CURIOSIDAD).

JUANA.— ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Favorézanme, que este hombre me va a matar! ¡Don Luisito lindo, dígame que no me pegue más!

COLONO PRIMERO.— ¡Sinvergüenza! ¡Desearriada! ¿Crees que porque estás en Fuerte Bulnes vas a hacer todas las porquerías que se te antojen?

DON LUIS.— ¿Qué es eso, Juan Antonio? ¿Cuándo vas a aprender a respetar a tu mujer?

COLONO PRIMERO.— Que respete ella primero... ¡Mírenla, pues! En cuanto le quito los ojos de encima, se larga para el lado del cuartel a rondar. ¿Tú crees que no me doy cuenta a lo que vai, arrastrá?... Pero que te pille otra vez por allá, y te muelo a palos, igual que a las ratas!...

JUANA.— Lo que te pasa a vos, es que andái enrabado porque te tienen aquí en Fuerte Bulnes, y por eso me levantaí calumnias, pa' desahogarte conmigo. Si soi tan hombre, ¿por qué no vai a levantarle la voz al Gobernador?

COLONO PRIMERO.— ¿Qué estás diciendo? ¡Vai a ver!

(AMBROSIO TOMA AL COLONO POR UN BRAZO Y TRATA DE RETENERLO. DON LUIS TRATA DE AMPARAR Y, LUEGO, DE RETENER A JUANA).

AMBROSIO.— ¡Ya Cuina, déjate de leseras!

JUANA.— Ya, pu', pegame si soi tan valiente... ¡Miren al precioso!  
¿Te habís olvidao que este Gobernador ordenó que los casados tuvie-  
ran ración simple, igual que los solteros?

DON LUIS.— ¡Sosiego, Juana!

JUANA.— ¡Déjeme que le cante las verdades a este prínce!... ¿Y por  
qué creís que vos soi el colono mejor alimentado, ¿ah?... Porque yo  
me consigo raciones suple con los soldados... Por eso ando rondando  
por el cuartel, y por eso me llevo a sonrisitas con los soldados. Y si  
no fuera así ya nos habíamos muerto de hambre.

COLONO SEGUNDO.— ¡Grandísima!...

JUANA.— ¿Y vos qué soi, entonces, e...?

COLONO SEGUNDO.— ¡Eso sí que no te lo aguanto!

(SE ZAFAN DE AMBROSIO Y SE ABALANZA SOBRE ELLA CON  
GRAN ALBOROTO DE TODO EL MUNDO).

TODOS.— Sepárenlos. La va a matar. Llamen al Gobernador. ¡Socorro!

(AMBROSIO LOGRA SEPARAR AL COLONO Y DE UN PUNETAZO  
LO TUMBA EN EL SUELO).

COLONO PRIMERO.— ¿Y a vos, qué te está pasando?

AMBROSIO.— Eso es para que aprendas a ser persona decente.

JUANA.— (INTERPONIÉNDOSE ENTRE AMBROSIO Y SU MARI-  
DO) ¿Y a usted quién le ha dado derecho pa' meterse en este lío?

(PASA JUNTO A SU MARIDO PARA AYUDARLO A LEVANTARSE).

AMBROSIO.— ¡Vos te callai!...

JUANA.— Y no me callo, pu'.

AMBROSIO.— ¿Pero no vis...?

JUANA.— Y pu' eso es mi marío. Pa' pegarme. Si Cuina me pega, es  
porque es mi marío, pu'. ¡No faltaba más! ¡Venir a meterse el lindo  
donde naide lo ha llamao!... ¿Y por qué no ocupai las manos en  
matar ratas en vez de andar de valentón?

DON LUIS.— ¡Basta, Juana!

JUANA.— Y usté...

DON LUIS.— ¡Silencio, he dicho!... Ustedes dos son la vergüenza de  
la colonia. Todo el mundo aquí es testigo del mal ejemplo que están  
dando.

JUANA.— ¡Pero, don Luis! ¿No ve que...?

DON LUIS.— ¡A callar!... Que no vuelva a haber otro alboroto como  
éste. Si tienen hambre, se la aguantan, y si tienen conflictos, se  
los callan. Aquí estamos para algo más grande, y cuando hay algo  
importante que hacer, no es posible que cada cual ande convirtién-  
dose en un infierno para los demás.

JUANA.— Es que...

DON LUIS.— ¡Suficiente!... Y sepan de una vez que si siguen estos  
líos, yo mismo voy a pedirle al Gobernador que los mande a Chilóe,  
o que los deporte a alguna de las islas vecinas.

(EL COMPADRE ENTRA CORRIENDO).

COMPADRE.— ¡Don Luis, las ratas! ¡Las ratas!

DON LUIS.— ¿Qué hay con las ratas?

COMPADRE.— ¡Se están comiendo la harina. No van a dejar nada.

TODOS.— ¡Qué! ¡No! ¡Imposible!

DON LUIS.— ¡Callarse! ¡Explicarte!

COMPADRE.— Llegaron a la bodega por cientos, por miles. ¡Se están de-  
vorando la harina!

DON LUIS.— ¡Todo el mundo, a buscar palos y luego a las bodegas!

(SALEN TODOS MENOS DON LUIS Y AMBROSIO).

DON LUIS.— ¡Esto no más nos faltaba!... (REPARA EN AMBROSIO)

¿Y a ti qué te pasa?

AMBROSIO.— ¡Pero, no lo está viendo, don Luis?... Si ya hasta por  
dentro estamos pudriéndonos. ¡Yo no sé por qué seguimos en esto!...

DON LUIS.— ¡Cállate! ¡Este no es momento para botarse a filósofo!...

Anda a buscar un palo, ¡y a matar ratas!

AMBROSIO.— Sí. Voy, voy... Pero ya ni sé para qué...

(SALEN LOS DOS. APARECEN ONAHE Y SEBASTIAN).

SEBASTIAN.— Onahe, no te vayas a olvidar.

ONAHE.— Onahe no olvida, Sebastián...

SEBASTIAN.— Detrás del blocao. En la esquina de la ribera.

ONAHE.— Detrás del blocao, en la esquina de la ribera.

SEBASTIAN.— Yo silbaré tres veces.

ONAHE.— Sebastián silbará tres veces...

(SEBASTIAN ABRAZA A ONAHE).

SEBASTIAN.— Onahe, Onahe... ¿Cuándo dejarás de hablar de mí  
como si fuera otra persona?... No digas Sebastián. Dí "tú".

ONAHE.— Tú... Sebastián...

SEBASTIAN.— Yo...

ONAHE.— Tú...

SEBASTIAN.— Yo... en la esquina del blocao... silbaré tres veces.

ONAHE.— Tú... en la esquina del blocao... silbarás tres veces.

SEBASTIAN.— Y ahora, corre... Camina apegada a la sombra de la  
empalizada. Que no te vea nadie.

ONAHE.— Te espero... ¿Vienes?

SEBASTIAN.— Sí. En seguida. Voy a buscar mis cosas y a dar una  
disculpa. Así no notarán mi partida hasta mañana... No te olvides:  
tres silbidos.

ONAHE.— Tres silbidos... Te espero.

(SE VA ONAHE. SEBASTIAN DA MEDIA VUELTA PARA PAR-  
TIR HACIA EL OTRO LADO, PERO SE ENCUENTRA DE MA-  
NOS A BOCA CON FRAY DOMINGO, QUE HA SALIDO SIGILO-  
SAMENTE).

FRAY DOMINGO.— ¿Qué significa esto, Sebastián?

SEBASTIAN.— Padre... yo... yo estaba despidiéndome de Onahe...

FRAY DOMINGO.— Ya lo he visto.

SEBASTIAN.— Ella... ella vino aquí... Vino a verme...

FRAY DOMINGO.— Ya lo sé. Hace mucho tiempo que está viniendo.

SEBASTIAN.— ¿Pero, cómo ha podido saberlo usted?

FRAY DOMINGO.— Eso no te importa. Lo sé, y basta. Pero hay algo  
más, y vas a decirme inmediatamente.

SEBASTIAN.— Bueno, Padre... Nos vemos todas las noches, pero nada más...

FRAY DOMINGO.— ¿Cómo, "nada más"?

SEBASTIAN.— Se lo juro, Padre. Nada más. Nos vemos, conversamos. A veces, cuando no podemos seguir la conversación, porque ella no entiende lo que le digo, nos quedamos mudos, uno al lado del otro. Pero nada más.

FRAY DOMINGO.— Tú sabes muy bien lo que te estoy preguntando. No me importa lo que ha pasado. Eso me importaría en el confesionario, para darte la absolución. Pero aquí me importa otra cosa. Me importa lo que está pasando y lo que va a pasar.

SEBASTIAN.— ¿Padre! ¿Qué quiere que le diga!

FRAY DOMINGO.— ¿Sebastián! ¿Debajo de esta sotana llevo botas y pantalones! ¡Igual que tú! De modo que no vas a engañarme. Cuando me vine a estas tierras, sabía que no venía a rezar el rosario con cuatro viejas botas. Y no eres tú quien va a engatusarme. Así es que vamos vaciando el saco, que aquí estoy yo, para recibir la basura que hay dentro. (PAUSA).

SEBASTIAN.— Fray Domingo... yo... yo voy a desertar.

FRAY DOMINGO.— (TRANQUILO, APARENTEMENTE, COMO APROBANDO) ¿A desertar, eh?... ¿Y qué más?

SEBASTIAN.— A desertar con... con Onahe.

FRAY DOMINGO.— (IDEM) ¿Con Onahe!

SEBASTIAN.— Y... y nos vamos juntos...

FRAY DOMINGO.— (IDEM) ¿Se van juntos, eh?... ¿Y no se les ofrecía otra cosa?

SEBASTIAN.— ¿Fray Domingo! ¿No eche esto a la broma, que es muy serio!

FRAY DOMINGO.— ¿Quieres que lo tome en serio? ¡Infeliz!

SEBASTIAN.— ¿Padre, no me haga olvidar que es usted sacerdote!

FRAY DOMINGO.— Olvidalo. Olvidalo de una vez. Así completarias tu hazaña, desdichado!... Por lo menos sería un pecado mucho menor que el que estás a punto de cometer.

SEBASTIAN.— ¿Y qué pecado tan grande es éste?... ¿Acaso es pecado que uno busque su felicidad? ¿Por qué no va a la capital a decirles a esos grandes duques el pecado que cometen al dejar que nos pudramos en este infierno, que no es para cristianos!

FRAY DOMINGO.— ¿El infierno está en ti, Sebastián! ¿Dios te ha dado una tierra grande y generosa, y si tú no eres capaz de dominarla, de forjarla a tu imagen y semejanza, si no eres capaz de fecundarla y hacer de ella un rincón para felicidad de los hombres, es porque el infierno está en ti! La gloria es de aquéllos que ayudan a levantar el mundo. Y el infierno es de los que no piensan más que en llenarse la panza y en tener una mujer con quien hacer el amor.

SEBASTIAN.— ¿Y me va usted a decir que el paraíso puede estar aquí, en este Fuerte Bulnes, donde el barro está ahogando a los hombres, donde los niños se mueren de hambre, donde las ratas son dueñas de todo, donde las mujeres se están vendiendo por un plato de comida...?

FRAY DOMINGO.— Sí. También aquí está el paraíso. Dios te ha dado este mundo. Un mundo salvaje, arisco, titánico, todo lo que tú quieras. Pero también te ha dado a ti fuerzas de hombre para conquistarlo. Y si no lo conquistas, quiere decir que eres indigno de este mundo.

SEBASTIAN.— (CASI SUPLICANTE) ¡Fray Domingo... yo voy a desertar, es cierto! ¡Pero no voy a convertirme en un mequetrefe de salón!... Me voy con Onahe, a la Punta Arenosa... Allí la vida será tan dura como aquí, estoy seguro... Pero, por lo menos, allí estaré luchando por una felicidad segura, en una tierra que me dará frutos seguros, con una mujer a quien yo amo, y que me ama. Nadie tiene derecho a pedirle a uno que sacrifique una felicidad segura, por algo que todavía está en veremos. Ni menos si ese algo está viniéndose al suelo, como Fuerte Bulnes.

FRAY DOMINGO.— Hablas como un miserable, Sebastián... En un platillo de la balanza pones lo que tú tienes, y en el otro, lo que tú puedes conseguir... ¡Tú, tú, tú, nada más que tú!... ¿Y los otros? No has pensado en los otros? ¿No has pensado en que si tú te vas con Onahe, la hija de Santos Centurión, la prometida del cacique Huísel... Santos Centurión, el temible, el desalmado, el legendario Santos Centurión, se dejará caer con toda su indiana sobre Fuerte Bulnes?

SEBASTIAN.— Sí, ya lo sé.

FRAY DOMINGO.— ¿Y no has pensado que si Santos Centurión y sus indios se desatan contra nosotros, se acaba el Fuerte Bulnes? ¿No has pensado que si se acaba el Fuerte Bulnes, se acaba el dominio de tu patria sobre el estrecho de Magallanes? ¿No has pensado que una vez liquidado el dominio de Chile en el Estrecho, éste quedará libre para que cualquiera nación más poderosa tome posesión de él...?

SEBASTIAN.— Sí Padre, sí... Pero, mi felicidad, ¿dónde está entonces?

FRAY DOMINGO.— Anda a preguntárselo a tus padres y a tus abuelos. Si ellos se hubieran hecho la misma pregunta, no habrían pelado junto a O'Higgins, junto a Carrera, junto a Manuel Rodríguez. Y tu patria seguiría siendo todavía una miserable colonia española.

SEBASTIAN.— Padre, padre, no me haga discursos! ... ¿Contésteme mi pregunta! ... ¿Dónde está mi felicidad!...

(SI ENAN TRES CAMPANADAS)

FRAY DOMINGO.— ¡Dios mío!

SEBASTIAN.— ¿Qué es eso?

FRAY DOMINGO.— ¡El hijo de Benamina!

SEBASTIAN.— Pero, padre, yo quiero saber...

FRAY DOMINGO.— Calla, hijo. Ahora tengo que atender a cosas más importantes que tus dudas...

(APARECE VENANCIA, VIENE COMO SONAMBULA. MIRA LARGAMENTE A FRAY DOMINGO SIN DECIR PALABRA. POCO A POCO, VAN APARECIENDO OTROS COLONOS. ENTRE ELLOS, AMBROSIO. COMIENZA A NEVAR)

FRAY DOMINGO.— ¿Qué pasa, Venancia?

VENANCIA.— Se quedó dormido, padre... Si uno lo mira, parece que estuviera durmiendo el pobre angelito... Si hasta parece que estuviera respirando... Y tiene su carita sonriente y rosadita... Parece que se ha mejorado y que está soñando... Padre Domingo ¿qué estará soñando?

UNA MUJER.— ¿Cómo estará esa pobre madre!

VENANCIA.—¿La Benamina? . . . Parece que va a perder el juicio . . . Hay que ocuparse de ella . . . La Benamina va a perder el juicio, padre Domingo.  
FRAY DOMINGO.—(QUE HA PERMANECIDO HASTA AHORA EN ACTITUD DE ORACION). Vayan a ocuparse de ella.

(DESFILAN HACIA LA CASA DE BENAMINA LAS MUJERES, ILLUMINANDOSE EL CAMINO CON CHONCHONES QUE PROYECTAN UNA LUZ TRISTE SOBRE EL ESCENARIO)

AMBROSIO.—(CON VOZ SORDA, ACERCANDOSE A FRAY DOMINGO). Se los dije, ¿no? Les dije que éste era un maldito agujero . . . ¿Cuando pienso en ese pobre niño! . . . ¿Cuando ya empezaba a caminar! Ahí tiene Ud. la esperanza . . . ¿Ese niño era la imagen de la colonia, la imagen de todos nosotros! . . . ¿De nuevo va venir Ud. a hablarme de la esperanza? . . .

FRAY DOMINGO.—(CONTENIENDOSE Y HACIENDO ESFUERZOS POR CONCENTRARSE EN SU ORACION). Cállate, Ambrosio . . . Ahora no nos queda más que encomendarnos a Dios.

(SALE AMBROSIO BRUSCAMENTE)

SEBASTIAN.—¿Y Ud. va a decirme que ESTO es la felicidad, Fray Domingo?

(APARECE REMIGIO COMO EXTRAVIADO)

REMIGIO.—Fray Domingo . . . Fray Domingo . . . La Benamina . . .

SEBASTIAN.—¿Está aquí, padre? . . . ¿Está aquí la felicidad?

FRAY DOMINGO.—Está donde somos capaces de crearla, hijo mío.

SEBASTIAN.—Pero no aquí, Fray Domingo. No aquí . . . Y yo quiero ser feliz. Adiós, Fray Domingo, adiós.

SALE CORRIENDO. FRAY DOMINGO LO SIGUE HASTA EL BORDE DEL ESCENARIO)

FRAY DOMINGO.—¿Sebastián! ¿Sebastián! . . . Hay algo por encima de ti . . .

REMIGIO.—¿Fray Domingo! ¿La Benamina! . . . ¿Ayúdela, padre!

FRAY DOMINGO.—Sí, hijo, ya voy! . . . ¿Sebastián! . . .

REMIGIO.—Padre, la Benamina . . . se va a morir también . . . Y yo tengo la culpa. Yo tengo la culpa. (CAE DERRUMBADO).

FRAY DOMINGO.—(YENDO HACIA EL). Sí, hijo. Todos somos culpables . . . Pero hay algo por encima de nosotros. Hay algo . . . Si no, todo esto no valdría la pena . . .

TELON.

## ACTO TERCERO

(LUGAR PUBLICO EN EL FUERTE. UNAS MUJERES SALEN GRIETANDO ATERRORIZADAS. A POCO, APARECE SANTOS CENTURION. GRAN BARULLO DESDE QUE SE LEVANTA EL TELON)

MUJER PRIMERA.—¡Socorro! ¡Nos va a matar!

MUJER SEGUNDA.—¡El demonio! ¡Ha llegado el demonio!

MUJER TERCERA.—¡Llegaron los indios! ¡Señor, ten misericordia de nosotros!

MUJER CUARTA.—¡Jesús nos favorezca! ¡Esto sí que es acabó de mundo! . . .

(DESAPARECEN TODAS. QUEDA SOLO SANTOS CENTURION EN ESCENA QUE HA APARECIDO CON UN REBENQUE EN LA MANO)

CENTURION.—Salgan . . . salgan todos de sus guaridas, que ha llegado el cacique Santos Centurión. Y de Santos Centurión nadie se ríe. Llaman al gobernador . . . Que me oiga de una vez por todas, que pa' eso he venido, pa' que me oiga . . . P'que sepa quien es Santos Centurión.

(APARECE SANTOS MARDONES, Y POCO A POCO, EMPIEZAN A APARECER OTROS COLONOS, EXPECTANTES).

MARDONES.—¡Santos Centurión! . . . ¡Cacique Santos Centurión!

CENTURION.—¡Aquí estoy! ¡Qué tanto grito!

MARDONES.—Acéreate para verte mejor.

CENTURION.—¿De aquí no me muevo! ¡Canejo! . . . Quiero hablar con el nuevo gobernador. Pero parece que se esconde.

MARDONES.—Acéreate, digo! . . . (SANTOS CENTURION SE ACERCA) . . . Yo no me escondo de ti ni de nadie . . . Si hubieras ido al bosque, donde yo trabajo, allí, me habrías encontrado . . . A veces estoy en la iglesia. Si la visitarás más a menudo . . .

CENTURION.—No tanto palabreo. Don . . . Tengo cosas que decirle y mostrarle, así es que . . .

MARDONES.—Habla con respeto y dime lo que quieres.

CENTURION.—Quiero saber algunas cosas . . . Pero, antes, quiero que Ud. sepa que tengo a mis indios detrás de la empalizada y a una orden aún . . .

MARDONES.—Basta de bravatas, cacique! . . . (PAUSA). ¿Con que tú eres Santos Centurión, eh! ¡El famoso cacique Santos Centurión! . . . Mucho gusto de conocerte . . . Pero, por ahora, te digo que tú y tu indiola se van a retirar del Fuerte por presentarse en plan belicoso . . . ¡Olvídate quien eres y dónde estás!

CENTURION.—Soy Santos Centurión, el cacique Santos Centurión, nacido en Montevideo, batallador de las pampas y cacique de la Patagonia!

MARDONES.—¿Y yo soy Santos Mardones! El nuevo Gobernador del territorio de Magallanes, del cual tú no eres sino un simple ciudadano!

CENTURION.—¡Así será! ¡Pero yo exijo! . . .

MARDONES.—¡Tú exiges, eh! . . . ¿No crees que estás exagerando? Debieras tener un poco de humildad, por no decir de agradecimiento . . . La colonia te ha dado mucho, según he sabido. Viveres, ropas, amistad, excelentes trueques por tus innundas pieles de lobo . . . Y sobre todo, te hemos dado un Dios para tus indios. ¿No estás satisfecho con todo eso?

CENTURION.—Todo eso es basura pa' mí! . . . Me han robado a mi hija, Gobernador; me han robado a mi hija, a Onahe, y alguien . . . no sé quién . . . ha matado al cacique Huisel!

MARDONES.—(TREPIDANDO). ¿Y qué quieres que yo haga?

CENTURION.—Que ponga remedio al perjuicio . . . o que me dé alguna satisfacción.

MARDONES.—¿Y qué remedio quieres que ponga, si no sé quién te ha causado el perjuicio? Supongo que será uno de los imbéciles a quienes se les ha ocurrido desertar a la Punta Arenosa. Desde que llegué aquí, no oigo más que lamentos, y las noticias de que los cobardes están desertando. Hasta el curita, Fray Domingo, el hombre que debiera estar aquí para darnos la paz, ha desaparecido, sin que hasta ahora sepamos si anda evangelizando a los indios, o si los indios han dado cuenta de él. ¡Parece que todos en este país se hubieran puesto de acuerdo para no dar más que preocupaciones a sus gobernantes.

CENTURION.—Sí; pero yo exijo una satisfacción.

MARDONES.—En cuanto a darte satisfacciones, te diré que no tengo nada que hacer . . . ¡Anda, busea al que te robó tu hija, al que mató a tu Huisel, y destripalo, si así se te antoja . . . que a mí me importan sólo los que están aquí dentro, los que permanecen fieles al mandato de su país!

CENTURION.—¿Y si yo le probara a su merced que no sólo le importan los que están aquí dentro? . . . ¿Si yo le mostrara a un prisionero que mis indios están guardando allá fuera, y que es muy capaz de amansar la soberbia de Santos Mardones, del "mano firme" gobernador, del orgulloso Santos Mardones?

MARDONES.—¡Anda! . . . ¡Preséntamelo!

(PAUSA. MARDONES Y CENTURION SE MIRAN DESAFIANTES. LUEGO CENTURION SE DIRIGE A LA EMPALIZADA).

CENTURION.—¡Tráiganlo!

CENTURION VUELVE AL CENTRO DEL ESCENARIO Y, A POCO, APARECEN DOS INDIOS CONDUCIENDO A FRAY DOMINGO, MANIATADO. CENTURION LANZA UNA MIRADA TRIUNFANTE A MARDONES. PAUSA. LOS COLONOS DAN MUESTRAS DE TERROR Y DE IRA, A LA VEZ).

MARDONES.—(RONCO) ¡Así es que ésta era tu carta fuerte, eh! . . . Pues bien, lívatelo . . . ¡Haz de él lo que quieras, que se lo coman tus indios, pero déjame en paz la colonia!

LAS MUJERES.—¡No, no! . . . ¿Qué va a ser de nosotras? . . . ¡Fray Domingo! . . . ¡La paz de Dios en esta colonia! . . . ¿Quién será la bendición de nosotras? . . .

MARDONES.—¡Silencio!

DON LUIS.—¡Gobernador! ¡Dáme la orden y tumbó aquí mismo a este cacique del diablo y sus indios, para que sepan lo que es el respeto!

MARDONES.—¡Silencio, he dicho! . . . Entiendo que éste es una declaración de guerra entre tú y tus indios, y yo y mi colonia.

CENTURION.—Sí, su merced . . . A no ser que Ud. le haga abrir la boca al frailecito y que nos diga dónde está Onahe, quién se la ha robado y quién mató al cacique Huisel . . . Mis indios encontraron a este curita a la salida del bosque, y él tiene que saber todo eso.

MARDONES.—¿Y por qué no se lo preguntas tú mismo?

CENTURION.—Ya se lo he preguntado. Pero lo único que hizo fue rezar y decir latinazgos . . . Pero ya me estoy cansando, canajo . . . Quiero saber dónde se han llevado a Onahe y quién mató a mi amigo Huisel, pa' aquí mesmo sacarle las tripas . . .

MARDONES.—Fray Domingo . . . Ya ha oído Ud. la pregunta . . . ¡Contéstela . . .! ¡Contéstela . . .! o entregará la colonia al furor de los indios! (PAUSA).

FRAY DOMINGO.—(COMO CONTINUANDO UNA ORACION) . . . et in terra pax hominibus bonae voluntatis! . . .

MARDONES.—¡Cómo!

CENTURION.—¿No ve, su merced? . . . ¡Puros rezos y latinazgos! . . . Pero mientras el curita no largue la pepa, me lo guardo como rehén. (LAS MUJERES LARGAN EL LLANTO) . . . ¡Y mientras tanto, Ud. tendrá Ud. que darme unos diez kilos de charqui, tocino, ropa y diez botellas de rhon! . . .

MARDONES.—¡Fray Domingo! ¡Hable de una vez o lo mando a ajusticiar por delito de lesa patria!

(LAS MUJERES AUMENTAN EL LLANTO. SE OYEN FUERA RUIDOS Y VOCES CONFUSAS. ALGUNOS DISPAROS).

CENTURION.—¿Qué pasa? ¡Canajo!

MARDONES.—(A UN COLONO). ¡Tú, anda a ver qué sucede allí fuera!

(RUMORES DE LOS PRESENTES. CENTURION SE ACERCA A LA EMPALIZADA Y HABLA HACIA AFUERA. DISPAROS).

CENTURION.—¡Resistan, canajo! . . . ¡O estamos perdidos!

MARDONES.—¡Pronto, muévanse . . . o perdemos todos hasta el pellejo!

FRAY DOMINGO.— . . . qui tollis peccata mundi, miserere nobis, suscipe deprecationem nostram . . .

(SANTOS CENTURION GRITA ALGUNAS PALABRAS EN TEHUELICHE. LE CONTESTAN CON UN GRITERIO. CENTURION SE MUESTRA ALARMADO Y VOLVIENDOSE HACIA LOS INDIOS QUE SUJETAN A FRAY DOMINGO, LES DA UNA ORDEN. LOS INDIOS SE VAN CORRIENDO).

LAS MUJERES.—Señor mío, Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, etc. . . El pan nuestro de cada día dánosle hoy, etc. . . Madre de Dios, ruega por nosotros, etc. . .

MARDONES.—¡Silencio!

(APARECE UN ARTILLERO)

MARDONES.—¿Qué pasa?



**ARTILLERO.**—Teniente de artillería González se presenta! ¡El pelotón de relevo a mi mando, al regresar, encontró a un grupo de indios a las puertas de la empalizada! . . . ¡Fueron dispersados por la fuerza de las armas, mi coronel!

**MARDONES.**—¿Qué me dices, Centurión! . . . ¡Tú que peleaste en las montoneras de don José Miguel Carrera, en las pampas, sabrás que la astucia ganó más de una causa! . . . ¿Cómo pudiste olvidar la guardia de relevo, Santos Centurión?

**CENTURION.**—¡Oiga, tozayo . . . no se ponga tan fanfarrón! . . . De Santos Centurión nadie se ríe. ¡Y ésto se le hará pesado, recaneje! . . .

(SALE SANTOS CENTURION. TODOS QUEDAN COMO PETRIFICADOS MIRANDO HACIA EL PUNTO POR DONDE SE HA IDO. HASTA QUE SANTOS MARDONES ROMPE EL SILENCIO).

**MARDONES.**—¡Y ahora, todo el mundo a trabajar, que aquí no estamos para divertirnos! . . . Ud., Fray Domingo, quédeseme aquí, que tengo algo que decirle.

(TODOS SE RETIRAN EN MEDIO DE ANIMADOS Y NERVIOSOS RUMORES, MENOS SANTOS MARDONES Y FRAY DOMINGO, QUE QUEDAN EN EL CENTRO DE LA ESCENA).

**FRAY DOMINGO.**—Lamento presentarme de manera tan poco digna y el no haber tenido el agrado de recibirlos a su llegada, señor Gobernador . . . Abandoné la colonia por un asunto urgente y en resguardo de nuestra seguridad . . . Puedo explicarlo todo, pero antes . . .

**MARDONES.**—De nuestra seguridad ¿no? . . . ¡Llama Ud. seguridad a ésto que acaba de suceder, Fray Domingo? ¿No vió que estuvo a punto de producirse una catástrofe! . . . Si no es que la Providencia hace llegar a tiempo a la guardia de relevo, no quiero pensar lo que habría podido ocurrir.

**FRAY DOMINGO.**—Créame, señor Gobernador! ¡Estaba tratando de evitar eso mismo! Pero no fui afortunado . . . Sebastián . . . El sargento Sebastián Ruiz, se enamoró de Onabe, la hija de Santos Centurión . . . Y en un momento en que las fuerzas ya no le daban para resistir todo ésto, se fugó con ella . . .

**MARDONES.**—¡DESERTO, Fray Domingo!

**FRAY DOMINGO.**—¡Buena, DÉSERTO con ella! . . . Al principio, creí que aquello no era más que una tontería de muchacho, y esperé que volviera . . . Pero pasaban semanas y Sebastián no volvía . . . Hasta que, no pudiendo esperar más, partí en su búsqueda!

**MARDONES.**—¡TRONICO! ¡May sensato, Fray Domingo! ¿Y qué pasaba si todos de nosotros, partiéramos detrás de cada infeliz que se le ocurre desertar?

**FRAY DOMINGO.**—¡Es que él era un caso distinto! ¡El era un soldado! ¡Y se fugaba con una india, con la hija de un cacique, prometida a otro cacique! . . . Además, era un hombre enamorado y, como sacerdote, es mi deber asistir cada vez que el corazón extravía a un hombre! . . . ¡Yo no podía abandonarlo!

**MARDONES.**—¿Y puede saberse cuáles han sido los resultados de su "piadosa" incursión, padre!

**FRAY DOMINGO.**—No haga ironía, Gobernador, que mis resultados han sido muy tristes, muy tristes.

**MARDONES.**—¡Naturalmente!... El pecador no quiso ser redimido y decidió seguir su aventura, sin importarle para nada, ni la salvación de su alma, ni su deber, ni la suerte de la colonia, ni el destino de su patria en el Estrecho de Magallanes!

**FRAY DOMINGO.**—Peor que eso, Gobernador... Sebastián, ese ser puro, sencillo, se ha convertido en un criminal... Para poder escapar con Onabe, mató al cacique Huisel, y ahora está hecho una fiera salvaje que se esconde con su hembra en el bosque, dispuesto a matar a cualquiera que se atreva a acercársele. Anoche, cuando lo dejé, antes de que me sorprendieran los indios de Centurión a la salida del bosque, se atrevió a sublevarse contra mí mismo. Y si no es que me escapé tan pronto yo habría corrido más peligro en sus manos que en las de los indios que me atraparon más tarde.

**MARDONES.**—¡Muy bonito! ¡Y qué me propone Ud., Fray Domingo? **FRAY DOMINGO.** Que vayamos en su búsqueda. Que salvemos esa alma, aunque sea por la fuerza. Que lo enviemos a Ancud en el primer barco que salga de aquí... Los otros que han desertado, lo han hecho porque se lo pedía su estómago. ¡Pero Sebastián lo ha hecho por un extravío de su corazón!... ¡Hay que salvarlo, Gobernador! ¡Hay que salvar a Sebastián!

**MARDONES.**—¡Sebastián... Sebastián! ¡No he oído otro nombre desde que llegué!... ¡No me hable más de ese traidor, Fray Domingo!... Desde que puse el pie en Fuerte Bulnes, estoy tratando de encontrarle una salida a todo esto. He trabajado sin descanso... Despejo caminos, veo el lugar ideal donde se puede trasladar la colonia. Busco la llaga, la lepra que pudre los estueros. La encuentro. Me dispongo a curarla... ¿Y qué pasa? Un artillero decide que nos ocupemos de él, y nada más que de él, como si él fuera el protagonista de este drama que estamos viviendo... Mientras tanto, el famoso artillero se rapta a una india, asesina a un cacique y levanta contra nosotros a toda la indiada. ¡Y todo porque al señor se le ha antojado vivir su propia novela sentimental!... ¿Y Ud. viene a pedirme que deje todo botado para que me ocupé de ese infeliz? ¿Usted, Fray Domingo, el cura soldado, el héroe con sotana, de quien oí hablar cuando yo estaba allá en Chañareillo?

**FRAY DOMINGO.**—No hay mayor heroísmo que la salvación de un alma, Santos Mardones.

**MARDONES.**—No hay mayor heroísmo que la salvación de la patria, Fray Domingo.

**FRAY DOMINGO.**—Entonces... ¿no hay nada que esperar?

**MARDONES.**—Nada... Nada salvo el día en que Dios y la Patria sean una sola idea.

**FRAY DOMINGO.**—¡Una sola esperanza, Gobernador!...

**MARDONES.**—Una sola esperanza... (SE MIRAN LOS DOS SONRIENTES Y SERENOS)... Hasta la vista, Fray Domingo!

**FRAY DOMINGO.**—Hasta la vista, Gobernador.

(DESAPARECE SANTOS MARDONES, FRAY DOMINGO, PENSATIVO, SE ALEJA Y LUEGO SE ENCUENTRA CON DON LUIS Y BENITO)

**DON LUIS.**—Lo que pasa, Benito, es que tú no eres de la primera hornada y por eso te asustas por cualquiera cosa.

BENITO.— No, Don Luis. Este nuevo peligro de los indios es cosa seria.

Peor que todo lo anterior.

DON LUIS.— ¡Fray Domingo!... ¡Bienvenido, Fray Domingo!

BENITO.— Bienvenido, padre.

FRAY DOMINGO.— Gracias, gracias.

(APRETONES DE MANOS)

DON LUIS.— ¿Y qué le pareció el nuevo Gobernador?

FRAY DOMINGO.— ¡Jesús me favorezca!... ¡Qué hombre, ¿eh?

DON LUIS.— Es enérgico, decidido, valiente... Ahora sí que van a marchar bien las cosas. Me habría gustado que Ud. lo hubiera visto llegar, padre. En el embarcadero, parecía querer penetrarlo todo de una mirada.

BENITO.— Y a propósito, ¿dónde andaba perdido Ud., Fray Domingo?

DON LUIS.— Sí, pues. Muy misteriosa fue su salida. Apostaría que anduvo detrás de Sebastián.

FRAY DOMINGO.— Ya les contaré eso algún día. Por ahora, hableme de la colonia. ¿Qué ha sido de ella durante mi ausencia?

DON LUIS.— Aparte de la llegada del Gobernador Mardones y de la inquietud por su ausencia, nada nuevo.

FRAY DOMINGO.— Sí, pero ¿qué se propone el nuevo Gobernador?

DON LUIS.— No oculta sus propósitos de trasladar la colonia a la Punta Arenosa. Pero como no está autorizado para fundar una nueva ciudad, debe esperar una orden de no sé qué Ministerio. Mientras tanto, el desaliento está cundiendo demasiado entre los nuestros. Tenemos deserciones todos los días.

BENITO.— ¡Eso ministerios! Viven enredados en papeles ¿Por qué? no se darán cuenta de que si nos vamos a la Punta Arenosa, allá vamos a hacernos ricos con las minas de carbón?

DON LUIS.— (DESPECTIVO) ¡Minas de carbón!...

BENITO.— ¡Claro que hay minas de carbón!

DON LUIS.— ¿Y no esperas encontrar minas de oro, también?... Claro que sería un oro negro, porque debe estar medio tiznado con el carbón de encima.

FRAY DOMINGO.— ¿Y qué le hace desesperar de encontrar oro negro, don Luis?... La Divina Providencia es muy generosa con los hombres, y puede que algún día nos regale una nueva riqueza... Un oro negro por ejemplo.

(LOS TRES SE RIEN BONACHONAMENTE)

DON LUIS.— ¡Este Fray Domingo! ¡Siempre tan bromista!

(SIGUEN RIENDOSE, PERO SUS RISAS SE APAGAN AL VER APARECER A BENAMINA, QUE PASA POR EL LADO DE ELLOS SIN MIRARLOS. YA NO ES LA MUJER ANIMOSA DEL PRIMER ACTO. CAMINA SEMICURVADA, LLEVANDO SUS BRAZOS COMO SI CARGARA UN NIÑO EN ELLOS).

FRAY DOMINGO.— Buenas tarde, Benamina.

(ELLA NO CONTESTA, SE DETIENE, LO MIRA HACIA ATRAS, POR ENCIMA DEL HOMBRO Y LUEGO CONTINUA SU CAMINO EN SILENCIO, DESAPARECIENDO POR EL LADO OPUESTO).

FRAY DOMINGO.— ¿Qué le pasa?

DON LUIS.— ¡Pobre mujer! Desde que se le murió el niño, parece que ha perdido la razón. No habla con nadie, no saluda ni parece reconocer a nadie tampoco.

BENITO.— Parece que el frío de esta tierra se le ha metido como idea fija en la cabeza. Cree que su niño tiene frío debajo de la nieve, y donde puede anda haciendo fogatas. Remigio la ha encontrado varias veces haciendo fuego en los lugares más raros.

(APARECE AMBROSIO Y SE QUEDA ESCUCHANDO APARTADO Y CON AIRE SOMBRIO LA CONVERSACION).

FRAY DOMINGO.— ¡Dios tenga piedad de ella!

DON LUIS.— Y de nosotros, Fray Domingo. ¿Se imagina que algún día se le ocurra a Benamina hacer fuego donde no debe, en los polvorines, por ejemplo, o que simplemente nos haga arder todo el caserío?

BENITO.— Eso sería la solución de todo. Allí sí que no teníamos que esperar más los papeleos de los ministerios. Se acababan de un viaje las inquietudes por las rondas cada vez más frecuentes de los indios, y el temor a la sublevación de los nuevos colonos. Fuerte Bulnes ardiendo, y nosotros en la Punta Arenosa... ¡eso lo arreglaría todo!

DON LUIS.— Sí, pero... ¿quién va a meterle fuego?

FRAY DOMINGO.— Recuerdo que una vez, en mi pueblo... (SE DETIENE PENSATIVO. PAUSA).

DON LUIS.— ¿Cómo lo hicieron?

FRAY DOMINGO.— ¿Qué cosa?... No le dicho nada.

BENITO.— Pero es seguro que pasó algo gordo!

FRAY DOMINGO.— No... No creas... Fué... fué un incendio, nada más. Pero se quemó todo.

DON LUIS.— Fray Domingo!... ¿Qué está Ud. insinuando?

FRAY DOMINGO.— ¿Insinuando? ¿Yo?... Recordaba, solamente...

DON LUIS.— Fray Domingo...

FRAY DOMINGO.— ¿No creen que éste no es un sitio muy cómodo para darle gusto a la lengua? Vamos a tomar algo caliente.

(SE ENCAMINAN HACIA LA SALIDA. AMBROSIO LOS SIGUE DE LEJOS HASTA MEDIO CAMINO, CON AIRE DE ESTAR EMBARGADO POR UNA IDEA. LOS MIRA DESAPARECER).

FRAY DOMINGO.— ¿Así es que los nuevos colonos se han puesto belicosos y los indios amenazadores?

DON LUIS.— Eso no tiene nada de raro. Los indios pensarán que a lo mejor nosotros tenemos a Onahé escondida aquí en el Fuerte y Ud. comprenderá que...

(DESAPARECEN. AMBROSIO SE QUEDA UN SEGUNDO PENSATIVO Y LUEGO DESAPARECE POR EL LADO CONTRARIO. APARECE BENAMINA. PRIMERO DEAMBULA EN SILENCIO Y LUEGO ARRODILLANDOSE ACARICIA LA TIERRA Y HABLA MUY DULCEMENTE).

BENAMINA.— ¿Qué frío está esta cuna!... Yo te la calentaré... ¡Y qué

sábanas tan grandes tiene!... ¡Para qué habrán hecho una cama tan grande para un angdifo tan chico? ¡HA AMONTONADO UNAS ASTILLAS QUE TRAIA ESCONDIDAS Y HA ENCENDIDO UNA PEQUEÑA FOGATA) ¡Así... así!... ¡Ahora sí que se le va a pasar el frío a mi niño! (CANTANDO):

Duérmete, mi niño  
Duérmete, mi amor,  
Por los capuchitos  
de San Juan de Dios.

No te quieres quedar dormido ¿ah? ¿Quieres jugar? Pero a mí ya no me dejan jugar contigo... No sé. A lo mejor, ya estoy muy vieja... Oye... ¿quieres que te cuente un secreto?... Pero no se lo vas a decir a nadie... Fíjate que para celebrar la Pascua el nuevo Gobernador, trajo unas cosas que echan chispas... Y yo me rolé una... Aquí está. ¡Ves?... Mira que bonito... Fíjate, así se hace. (ENCIENDE UNO DE ESOS FUEGOS ARTIFICIALES QUE LANZAN ESTRELLITAS) ¿Te gusta? ¿Te gusta?... (SE RIE DRAMÁTICAMENTE Y POCO A POCO SU RISA SE VA CONVIRTIENDO EN LLANTO, LO CUAL DURA TANTO COMO LA LUZ DEL FUEGO ARTIFICIAL. APARECE AMBROSIO EN SEGUNDO PLANO)... ¡Se acabó! ¡Qué pena!... Mañana voy a traerte otro... Ahora tienes que portarte bien y quedarte dormido. Y no vayas a hacerte pipí en la cama... ¡Ay, no me tires el pelo!... Mida, Eso no se hace con la mamá... Ya pues, duérmase de una vez, mi amor... (CANTANDO):

Duérmete mi niño,  
que viene la vaca  
a comerse él...

(LA VOZ SE LE AHOGA CON EL LLANTO) ¡No ves. Me hacen llorar por la porfía de no querer quedarte dormido... Mañana vamos a hacer una cosa bien linda. Vamos a traer a todos los niños de la colonia y los vamos a quemar aquí... Y vas a ver que calentita va estar la tierra... calentita... calentita... ¿No es cierto, mi hijito precioso?... ¡Dios lo guarde, el juego bonito que va a tener mi niño!

(AMBROSIO SE ACERCA A BENAMINA).

AMBROSIO.—Benamina.

BENAMINA.—¿Ah?

AMBROSIO.—Benamina, yo... yo tengo un juego más bonito para su niño.

BENAMINA.—Nosotros no queremos jugar con usted.

AMBROSIO.—Jugarán ustedes solos... Mire En la casa que está al lado del Idocao, hay unos cohetes y unas estrellitas más lindas que las que Ud. le prendió a su niño.

BENAMINA.—Pero yo no puedo entrar allá.

AMBROSIO.—Sí. Puede. Aquí está la llave... Vaya, vaya. Vá a qué contento va a estar su niño.

BENAMINA.—¿Contento?

AMBROSIO.—Sí. Vaya... Pero que no la vea nadie...

BENAMINA.—Sí... sí... Va a estar muy contento...

(SE VA BENAMINA POR EL FONDO. AMBROSIO LA MIRA DESAPARECER. LUEGO LE ASALTA EL REMORDIMIENTO).  
AMBROSIO.—¿No!... ¡Benamina! ¡Benamina!

(SALE CORRIENDO. LA ESCENA PERMANECE SOLA UN INSTANTE. LUEGO SE OYEN UNAS DETONACIONES. ENTRAN EN ESCENA LOS COLONOS MUY AGITADOS. APARECEN VENANCIA, BENITO, DON LUIS, IGNACIA Y FRAY DOMINGO).

VENANCIA.—¿Qué pasa?

BENITO.—¿Parece que fue el polvorín?

DON LUIS.—¿Se te ocurre?... Si fuera el polvorín ya habríamos volado todos.

IGNACIA.—¿Venancia! ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

(APARECE CARMELA Y OTROS COLONOS).

CARMELA.—¿Socorro! ¡Incendio! ¡El Fuerte Bulnes se está incendiando! ¡Socorro! ¡Auxilio!... Yo no quiero morir lejos de mi casa!... ¡Yo no quiero morir lejos de mi casa!... ¡Yo no quiero morir!

(CAE EN TIERRA LLORANDO. ENTRAN NUEVOS GRUPOS DE COLONOS).

FRAY DOMINGO.—¿Qué es eso, Carmela!...

CARMELA.—Fray Domingo, yo no quiero morirme! (SOLLOZA EN FORMA HISTERICA).

(ENTRA EL COLONO SEGUNDO SEGUIDO DE OTROS COLONOS).

COLONO SEGUNDO.—¿Está quemándose el depósito?

TODOS.—¿Qué! ¡El depósito! ¡No puede ser! ¡Socorro! ¡Auxilio!

DON LUIS.—¡Silencio!

FRAY DOMINGO.—Callarse.

COLONO SEGUNDO.—¡El fuego ha pasado a las barracas vecinas! ¡Si llega al polvorín, estamos perdidos!

TODOS.—¿No! ¡Jesús me favorezca! ¡Dios te salve, María!... ¡Hay que hacer algo! Etc., etc.

(APARECE SANTOS MARDONES).

MARDONES.—¡Calma, calma! ¡No perdamos la cabeza! ¡Todos los hombres, a llenar baldes de agua! ¡Toquen a rebato!

UN COLONO.—¿V de dónde vamos a sacar agua?

TODOS.—Sí, sí... ¿De adonde!... No hay... ¡El río está casi seco!... Etc., etc.

MARDONES.—Con tierra, entonces, con lo que sea. Hay que apagar el incendio.

(SALEX LOS HOMBRES. SE OYE LA CAMPANA TOCANDO A REBATO).

MARDONES.—¡Teniente González!

VOZ DENTRO.—¿A su orden, mi coronel!

MARDONES.—¡Ponga a sus hombres a dominar el fuego, y el pelotón de relevo, que guarde la entrada del Fuerte!

VOZ.—¿A su orden! ¡Artilleros, adelante!

(ATRAVIESA EL ESCENARIO UN GRUPO DE ARTILLEROS).

MARDONES.—;Esto era lo único que nos faltaba! ¿Cómo pudo ocurrir esto, don Luis?

DON LUIS.—No sé, Gobernador. Yo estaba conversando con Benito y Fray Domingo, cuando sentimos el estallido.

FRAY DOMINGO (Acercándose).— Pero, ¿qué pasó, Gobernador?

MARDONES.—;Yo que sé, Fray Domingo! ¿Alguien tiene que haberme robado las llaves del depósito!

DON LUIS.—Con tal que no se levante viento! ¿Llegaría el fuego hasta el polvorín!

MARDONES.—;Hay que evitarlo a toda costa! ¿No importa que todo lo demás se queme, pero el polvorín no debe estallar!

(ENTRA REMIGIO).

REMIGIO.—;Benamina! . . . ;Benamina!

FRAY DOMINGO.—;¿Qué pasa, Remigio?

REMIGIO.—;Padre, la Benamina no está por ninguna parte! . . . ;Tengo miedo que esté en el depósito! . . . ;¿Tiene que haber sido ella!

FRAY DOMINGO.—;Vamos a ver!

(SALEN FRAY DOMINGO, DON LUIS Y REMIGIO).

MARDONES.—;Tú, reúne un grupo de colonos y corran a salvar las pieles! ;Sáquenlas todas a campo libre!

COLONO.—;Voy!... ;Eh, ustedes, vengan conmigo!

(ENTRA UN GRUPO DE COLONOS NUEVOS).

MARDONES.—;Y ustedes que hacen aquí? ¿Creen que porque son colonos nuevos, se van a cruzar de brazos?

UNA COLONA.—;Esto nos pasa por creer en promesas! ¿Por qué no nos entrega de una vez a los indios?...

OTRO COLONO.—;El incendio lo provocó Ud. mismo para tenernos más amarrados!

MARDONES.—;Callarse!

OTRO COLONO.—;Usted está de acuerdo con los indios!

MARDONES.—;Callarse, digo! ;Y sepan que al primero que se insubordine, lo hago fusilar para enseñarle a ser hombre! ;Aquí, hasta las mujeres van a tener que ponerse los pantalones! ;Retírense!

(SE VA EL GRUPO DE COLONOS. ENTRA REMIGIO CON BENAMINA EN LOS BRAZOS Y JUNTO A EL, FRAY DOMINGO).

FRAY DOMINGO.—Por aquí, Remigio, por aquí... Cuidado, no la vayas a golpear... Llévatela para ese lado...

(SE VA REMIGIO CON BENAMINA).

MARDONES.—;¿Qué pasó, Fray Domingo? ¿está...!

FRAY DOMINGO.—No. Está solamente herida. Voy a ocuparme de ella.

(SE VA FRAY DOMINGO. APARECE DON LUIS, SEGUIDO POR TRES COLONOS QUE TRANSPORTAN EL CUERPO DE AMBROSIO. LOS SIGUEN ALGUNAS COLONAS GIMIENDO).

DON LUIS.—Es el depósito encontramos a Ambrosio, Gobernador.

MARDONES.—;Entonces fue él quien...!

DON LUIS.—Gobernador, ya no es tiempo de decir nada sobre Ambrosio. Está muerto.

MARDONES.—(DESPUES DE UNA LUCHA INTERIOR). Haga Ud. lo que le parezca, don Luis. Yo voy a ocuparme de cosas más urgentes. (SE VA).

DON LUIS.—Llévenlo a lugar seguro.

(SE RETIRAN LOS QUE LLEVAN A AMBROSIO, SEGUIDO SIEMPRE POR LAS MUJERES. DON LUIS SE DIRIGE A ALGUNOS COLONOS PRESENTES).

DON LUIS.—;Ustedes, acérquense para acá!

COLONO PRIMERO.—Ordene, don Luis.

DON LUIS.—Voy a proponerles un trato de hombres... El sacrificio de Ambrosio no puede ser en vano... Nos preocuparemos de que el fuego no llegue al polvorín, pero nada más, ¿entendido?

COLONO SEGUNDO.—;Y qué será del Fuerte?

DON LUIS.—El Fuerte, ya cumplió su misión... Con que ¿de acuerdo?

TODOS.—De acuerdo.

DON LUIS.—Todos a trabajar para que así sea... Sólo hay que salvar el polvorín, las carretas, los animales y los útiles de labranza, ¿no es así?

TODOS.—Sí.

DON LUIS.—Andando, entonces.

(SE DISPERSAN Y DESAPARECEN TODOS OTROS COLONOS CRUZAN AFANOSAMENTE LA ESCENA, PERO LOS DETIENE UNA CARCAJADA ESTENTOREA QUE SE OYE DENTRO. ENTRAN NUEVOS COLONOS Y, LUEGO, SANTOS CENTURION, RIENDOSE ESTREPIOSAMENTE. APARECE SANTOS MARDONES).

MARDONES.—;Por qué tanta risa, Centurión?

CENTURION.—;Esto es lo que yo quería ver! ;Mis amigos en dificultades!

MARDONES.—;Centurión! ¿A qué has vuelto?

CENTURION.—;Ya lo tengo, Gobernador! ;Ya tengo al artillero que mató a Huise! y me robó a Onahé! ;Es un tal Sebastián!

MARDONES.—;Y a mí qué me importa, Centurión?

CENTURION.—;Algo le importará a su nucre... porque si no me da todas las pieles, los animales y los enseres de la colonia, destripo aquí mismo a ese miserable! ;A la vista de todos!

LAS MUJERES.—;Ay!

MARDONES.—Destripalo si así se te antoja. No tengo tiempo para entrar en tratos contigo.

CENTURION.—Es que si no me da ese rescate, no sólo mataré a ese artillero. La india que está allí fuera, entrará aquí y no dejará ni un solo colono vivo!... ;Ahora no hay relevo que valga, Santos Mardones! ;Y las armas se están quemando!

MARDONES.—;Cobarde! ;Eres un cobarde! ;No eres digno de llevar pantalones!

CENTURION.—;Y para que veas que es cierto, la matanza va a comenzar contigo!

(SACA UN CUCHILLO Y TRATA DE LANZARSE SOBRE MARDONES. UNA CORTINA HUMANA SE INTERPONE ENTRE AMBOS).

TODOS.—¡No!... ¡Cuidado!... ¡Asesino!... ¡Auxilio!, etc.

MARDONES.—¡Quietos!... ¡Colonos, déjenme solo con el encique Santos Centurión!... ¡No han oído la orden!... ¡Vayan a ocuparse del incendio, que tengo que hablar con Santos Centurión!...

(SE RETIRAN TODOS INQUIETOS Y A REGANADIENTES).

MARDONES.—¿Y?... ¡Aquí estamos, Santos Centurión! ¡Tú y yo! ¡Los dos solos...! ¡Por qué no me destripas!

CENTURION.—(SIN DEPONER EL CUCHILLO). Si es tan hombre como se cree, pelienos como hombre... El que gane, le dará órdenes al que pierda.

MARDONES.—No tengo armas, Centurión. Pampoco hay quién me defienda. Puedes matarme, si quieres. Y luego a todos los pobladores. El incendio avanza. Tal vez no quedará nada de Fuerte Bulnes. Ni hombres, ni casas, ni rastros... Pero no será porque el polvorín ha estallado, ni porque el fuego lo ha consumido todo... Será porque el soldado Santos Centurión ahogó en sangre este rotón de Chile... ¡Que hazaña soldado!... La historia recordará siempre esta noche como la noche de Santos Centurión... ¿Qué te detiene? Aquí estoy. ¡Mátame! ¡Mátame de una vez! ¡Mátame soldado Santos Centurión!

CENTURION.—¿Gobernador! ¡No quiero que me llame soldado!

MARDONES.—¿Y cómo te he de llamar entonces?... Soldado fui cuando peleé en Maipú y en Cañin Rayada. Soldado fui cuando luché contra los ingleses en la invasión de Buenos Aires, y en las campañas del Alto Perú. Y soldado fui cuando estuve en el ejército del general Belgrano. Y tenía bajo mis órdenes a otro soldado, que se llamaba Santos Centurión... ¿Cómo he de llamar a ese soldado ahora, sino con el nombre que entonces lo unió a mí en aquellas luchas? ¿Cómo he de llamarlo?

CENTURION.—Entonces, Ud. es... Ud. es... el mismo...

MARDONES.—Sí. Yo soy... Y aquí me tienes, esperando tu cuchillada...

(CENTURION ARROJA EL CUCHILLO Y SE ACERCA A MARDONES CON LA MANO ESTIRADA).

CENTURION.—¡Esta es mi mano, Gobernador!... ¡Los hombres valientes, como Ud., me cortan el resuello!

MARDONES.—(SIN DARLE LA MANO). Cuando hayas demostrado ser un hombre de bien, cuando tus actos sean dignos de figurar en la historia del Fuerte Bulnes, tendré mucho gusto en estrechar tu mano.

CENTURION.—No soy más que un soldado a las órdenes de su merced...

(ENTRAN FRAY DOMINGO Y DOS COLONOS CORRIENDO).

FRAY DOMINGO.—¿Gobernador! ¡Gobernador!

MARDONES.—¿Qué pasa!

FRAY DOMINGO.—¿Se está levantando viento!

UN COLONO.—Si no tenemos refuerzos, el fuego llegará al polvorín.

CENTURION.—¿Y qué hacen esos indios ociosos que no vienen a ayudar! (SE ENCAMINA HACIA EL FONDO Y DESAPARECE GRITANDO). ¡A trabajar, emeje!... ¡Y cuidado con tocar nada, porque les abro las tripas de una cuchillada! ¿Qué se han creído? ¿Qué están de visita en un país extranjero? ¡A trabajar! ¡A trabajar!

(LOS DOS COLONOS SE RETIRAN CORRIENDO. MARDONES MIRA CON AIRE TRIUNFANTE EL PUNTO POR DONDE HA DESAPARECIDO SANTOS CENTURION, Y LUEGO ABANDONA LA ESCENA RAPIDAMENTE. RUIDO DE VIENTO. SE APAGAN TODAS LAS LUCES).

## EPILOGO

(AL ENCENDERSE LAS LUCES, NUEVAMENTE SE VE, ENTRE ESCOMBROS, A LOS COLONOS, SALVO, BENAMINA Y REMIGIO, REUNIDOS EN TORNO A SANTOS MARDONES, QUE ESTA EN UNA EMINENCIA DEL TERRENO).

SANTOS MARDONES.—¡Colonos! ¡Artilleros! ¡Chilenos!... El Destino nos ha puesto a prueba... Fuerte Bulnes, este Fuerte que hemos destestado, pero al cual también hemos amado... ¡Sí, lo hemos amado, puesto que si así no fuera, no habríamos resistido tanto por él!... Nuestro Fuerte Bulnes, digo, no es ahora más que un montón de escombros... Fuerte Bulnes ha entrado en el reino de la historia, de la leyenda... Pero nosotros estamos frente a un peligro, a un grave peligro: el peligro de que algún día llegue a decirse que hemos sido un fracaso... En nuestras manos y en nuestros corazones está el que eso no llegue a decirse... ¿Estáis dispuestos a impedirlo?

TODOS.—Sí.

MARDONES.—Pues entonces, tened presente lo que os voy a decir: *el esfuerzo de los hombres siempre encuentra un lugar para rendir sus frutos*... Nos iremos a la Punta Arenosa, que desde hoy se llamará Punta Arenas, y allí haremos madurar los frutos que aquí se nos han marchitado... Las acciones que el hombre emprende, no valen por los oropeles del éxito, sino por los caminos que ellas logran abrir. Fuerte Bulnes ha abierto un camino: el camino de Chile en estas latitudes... No habremos sido un buen fin, pero hemos sido un buen estabón. Y eso es lo importante.

TODOS.—¡Viva el Fuerte Bulnes!

MARDONES.—Sí... ¡Perdido, olvidado y tal vez muerto, para siempre! ¡Viva el Fuerte Bulnes, porque su historia enseñará a los chilenos que este país será feliz, el día en que cada cual entregue, a la postre, más de lo que ha recibido!... Nuestra entrega será el dominio de Magallanes y el baluarte de Punta Arenas... ¡Lo haremos, colonos! ¡Lo haremos!

TODOS.—Sí. Lo haremos.

MARDONES.—Pues bien, las carretas que nos llevarán a la nueva morada, estarán prontas dentro de un momento. Retírense todos al lugar de sus antiguas viviendas para recoger lo que aún les queda... Cuando suene la señal de la partida, pasen a ocupar sus lugares en los carros. La señal será el segundo toque de la corneta.

(LOS COLONOS SALEN EN ORDEN Y LENTAMENTE POR DIVERSOS LADOS. QUEDAN DON LUIS Y MARDONES).

MARDONES.—¿Don Luis!

DON LUIS.—¿Señor Gobernador?

MARDONES.—Quiero que me diga qué fue de Ambrosio.

DON LUIS.—Ya le dimos cristiana sepultura. El también supo ser, a su manera, un buen eslabón.

MARDONES.—¿Y Benamina?

DON LUIS.—Ya está instalada en una de las carretas. La está cuidando Remigio... ¿Hay algo más, Gobernador?

MARDONES.—Sí, don Luis... Quisiera preguntarle... preguntarle... por qué una vez descartado el peligro de una explosión, Ud. y la mayoría de los colonos se cruzaron de brazos.

DON LUIS.—El día en que Punta Arenas esté en pie, creo que podré darle la respuesta, Gobernador.

MARDONES.—Ya está dada, don Luis!

DON LUIS.—Entonces... con su permiso.

(SE VA DON LUIS. SANTOS MARDONES LO MIRA ALEJARSE, SONRIENDO. APARECE SEBASTIAN, HARAPIENTO, CANSADO Y CON LA BARBA CRECIDA).

SEBASTIAN.—Sargento Sebastián Ruiz se presenta, mi coronel.

MARDONES.—¿Lo esperaba, sargento!

SEBASTIAN.—Sé que he cometido un delito muy grave, y pido que se me aplique el castigo más severo, mi coronel.

MARDONES.—¿Sabe, sargento, que su posición es muy cómoda?... Ud. se raptó a una india, mata a un cacique y se declara en rebeldía. Y sólo después que el padre de la india ha recobrado a su hija y lo ha devuelto a Ud. a nuestras manos, viene Ud. a pedir un castigo!

SEBASTIAN.—No entiendo lo que me dice, mi coronel. Lo único que sé, es que sufro porque perdí a Onuhe, y no quisiera sufrir por haber perdido mi patria. Pido un castigo.

MARDONES.—Pues bien, llega Ud. muy a tiempo, sargento... Es necesario que un hombre se quede solo, guardando los escombros del Fuerte Bulnes. Ese hombre será Ud. sargento... Le dejaremos provisiones para subsistir hasta que merezca ser relevado. Usted se quedará aquí para dar fe con su presencia y su vida de que esto sigue siendo un territorio chileno.

SEBASTIAN.—A su orden, mi coronel.

(APARECE FRAY DOMINGO CON UN BULTO EN LAS MANOS. ES UN CRUCIFIJO ENVUELTO).

FRAY DOMINGO.—¡Ah! ¡Al fin te encuentro Sebastián! Quería pedirte que te vinieras en la misma carreta que yo para...

SEBASTIAN.—Perdón, padre, pero yo no me voy con Uds. Me quedo aquí.

FRAY DOMINGO.—¿Cómo?... Gobernador, ¿es... es este el castigo que Ud.?

MARDONES.—Sí, padre.

FRAY DOMINGO.—¿Y no es demasiado duro?

MARDONES.—Tal vez. Pero él fue un desertor.

FRAY DOMINGO.—¿Gobernador! ¡Errare humanum est!

MARDONES.— Yo no sé latín, pero sé chileno, padre. Y el que la hizo, la deshizo... Y por último, no hay por qué ponerse tan triste. Sebastián tendrá como castigo el mejor destino a que podía aspirar cualquiera de nosotros: servir de prueba de que esta tierra, es nuestra tierra.

FRAY DOMINGO.— Sí... sí... Claro... Hasta a mí me habría gustado hacerlo. Pero ya ven: estoy tan cansado, que apenas me alcanzan las fuerzas para sostener este precioso bulto.

MARDONES.— Padre... permítame que le ayude.

FRAY DOMINGO.— Gracias, Gobernador. Pero, ya que Dios ha de viajar en carreta, al menos que lo haga en manos de su más humilde siervo.

(SUENA UN TOQUE DE CORNETA).

MARDONES.— Ha llegado el momento... (PAUSA) Sargento Ruiz ya sabe Ud. su obligación.

SEBASTIAN.— Sí mi coronel.

(MARDONES HACE INTENTO DE DESPEDIRSE DE SEBASTIAN CON UN EMOCIONADO ABRAZO, PERO SE RETIENE Y HACE UN SALUDO MILITAR QUE ES CONTESTADO POR EL MUCHACHO. SANTOS MARDONES SE RETIRA RAPIDAMENTE POR EL FONDO. SE ESCUCHA EL SEGUNDO TOQUE DE CORNETA. COMIENZAN A SALIR LOS COLONOS. AL PASAR JUNTO A SEBASTIAN, LE DIRIGEN RESPETUOSOS SALUDOS O LE PALMOTEAN EL HOMBRO SERENA, TRISTE Y AFECTUOSAMENTE. CUANDO TODOS HAN SALIDO, QUEDANDO EN ESCENA SOLO SEBASTIAN Y FRAY DOMINGO, SE OYE DENTRO EL "HIMNO A LA BANDERA" CANTADO POR LOS COLONOS. LOS DOS PRESENTES SE MIRAN. SEBASTIAN SE ARRODILLA. FRAY DOMINGO LE DA LA BENEDICION CON EL CRUCIFIJO ENVUELTO Y LUEGO SE VA. SEBASTIAN SE ENCAMINA HACIA EL FONDO DEL ESCENARIO Y, DE ESPALDA AL PUBLICO, HACE SENALES DE ADIOS A LOS QUE VAN PARTIENDO. APARECE ONAHE, SE SIENTAN EN EL SUELO, EN ACTITUD DE CONTEMPLACION Y ESPERA. AL FONDO, VIOLENTO ATARDECER MAGALLANICO, MIENTRAS SE OYE, ALEJANDOSE, EL CANTO DE LOS COLONOS).

TELON

# teatro

**Publicación del Teatro Ex-  
perimental de la Universidad  
de Chile**

PEDRO ORTHOUS  
Director

GUILLERMO NUNEZ  
Asesor Técnico

ENRIQUE GAJARDO  
Jefe de Publicaciones

DOMINGO PIGA  
Administrador

BELGICA CASTRO, MARIA  
MALUENDA, MARIA T.  
FRICKE y CESAR CECCHI  
Redacción

*Precio del ejemplar .... \$ 100*  
*Subscripción a cuatro nú-  
meros ..... " 360*

Las subscripciones a la Revis-  
ta se atienden en el Teatro An-  
tonio Varas o en las oficinas del  
Teatro Experimental: Huérfanos  
1117, 4º piso.

